AUTOBIOGRAFÍA[1]

Papá mío: yo quería redactar, sencillamente, la confesión general de mis pecados, sin añadir más, pero mi Ángel me ha reñido, diciéndome que obedezca y redacte un compendio de cuanto ha sucedido en mi vida, tanto bueno como malo. No sabe cuánto me cuesta, papá mío, obedecer en esto. Pero, entiéndame bien, usted lo lee y relee cuantas veces quiera, pero nadie más fuera de usted. Luego, quémelo enseguida, por favor.

El Ángel me ha prometido que me ayudará para que me acuerde de todo; porque, se lo digo de verdad, he llorado, al tener que hacer esto; me asustaba al pensar que tenía que volver a traer a la memoria todo cuanto he hecho, pero el Ángel me ha prometido ayudarme.

Y además, papá mío, pienso que, cuando usted haya leído todas estas cosas y haya visto tantos pecados, se enfadará y ya no querrá seguir siendo padre para mí; y en este caso... Pero lo seguirá siendo, así lo creo. Prepárese, pues, para oírlas de toda especie, y pecados de todo género.

¿Está usted, papá mío, de acuerdo con lo que el Ángel me ha dicho, de que escriba toda mi vida? Es mandato suyo, y además sé que cuando el Ángel me dice una cosa es que mi papá la tiene ya en la mente y en el corazón. Escribiéndolo todo, bueno y malo, podrá entender mejor lo mala que he sido y lo buenos que han sido los demás para conmigo: cuán ingrata me he mostrado para con Jesús, y qué reacia he sido a obedecer lo que me ordenaban padres y maestras.

Pongo, pues, manos a la obra, papá mío. ¡Viva Jesús!

1. La niñez (1878-1887)

Lo primero que recuerdo es que mi mamá, cuando yo era pequeñita (de menos de 7 años), acostumbraba a cogerme muy a menudo en brazos y llorando me repetía: «He pedido mucho, para que Jesús me diese una niña; me ha consolado, es verdad, pero bastante tarde. Yo estoy enferma –repetía–, pronto moriré y tendré que dejarte; ¡si pudiera llevarte conmigo! ¿vendrías?».

Yo apenas me daba cuenta de nada y lloraba, porque veía llorar a mamá. «¿Y dónde iríamos?» –le preguntaba–. «Al paraíso, con Jesús y con los Ángeles». Fue mi mamá, papá mío, la que comenzó desde pequeña a hacerme desear el paraíso, y si ahora lo deseo y suspiro por ir a él, no tengo más que riñas y un no redondo a cada paso.

A mamá le decía que sí, y recuerdo que después de haberme repetido estas cosas, o sea que quería llevarme al paraíso, yo no quería ya separarme de ella, y no salía de su habitación [...].

El médico mandó que nadie se arrimase a su cama, pero para mí todo mandato era inútil, no obedecía. Todas las noches, antes de acostarme iba con ella a hacer mis oraciones: me ponía de rodillas a su cabecera y rezábamos.

Una tarde, a las acostumbradas oraciones, me hizo añadir un «De profundis» a las almas del purgatorio, y cinco «Gloria» a las llagas de Jesús. Las dije de hecho, pero, como siempre, de mala gana y sin atención (en toda mi vida no he podido rezar con atención), y además me quejé diciendo que era mucho lo que rezábamos y que ya no tenía gana. Mamá,

[1] Gema escribió esta breve historia de su vida por mandato de su director espiritual, Padre Germán. El relato es un prodigio de sencillez, candor y espontaneidad, al tiempo que reflejo claro de las maravillas de la gracia en el alma de Gema. Ella la llama su «confesión general», y quiso darle un sentido casi penitencial. Su voluntad era que el Padre Germán lo destruyera luego de leerlo, pero la Providencia dispuso de manera diferente las cosas.

indulgente, procuró otras noches ser más breve.

El día 26 de mayo de 1885 me confirmé, pero llorando, porque después de la ceremonia quien me acompañaba quiso oír Misa, y yo temía que mamá muriese sin llevarme también a mí.

Escuché a la buena la Misa, rezando por ella: de repente una voz me dijo al corazón[2] *«¿Quieres darme tu mamá?». «Sí –respondí–, pero si me lleváis también a mí». «No –me repitió la acostumbrada voz–, dame de buen grado a tu mamá. Tú debes quedar ahora con papá. Te la llevaré al cielo, ¿sabes? ¿Me la das con gusto?».*

Hube de responder que sí. Acabada la Misa fui corriendo a casa. ¡Dios mío! Miraba a mamá y lloraba; no podía contenerme.

Pasaron otros dos meses: nunca me separaba de ella. Pero papá, temiendo viniese a morir antes que ella, me sacó un día a la fuerza, y me llevó a casa de un hermano de mamá, fuera de Luca.

Papá, papá mío, entonces fue ella... ¡Qué tormento!, ya no vi a nadie, ni a papá ni a los hermanos: luego supe que mamá había muerto el día 17 de septiembre de ese año.

Estando con el tío, cambié completamente de vida: me encontré con una tía, que no se parecía nada a mamá: buena, religiosa, pero que no quería saber de iglesia sino hasta cierto punto. ¡Cómo echaba de menos entonces el tiempo en que mamá me hacía rezar tanto! Mientras estuve con ella no me fue posible confesarme, y eso que tenía gran deseo: me había confesado siete veces y hubiera querido hacerlo todos los días, después que murió la mamá. (Mamá, después de la confirmación, me hacía confesar cada semana.)

Resolvió la tía adoptarme como hija, pero sabida la cosa por mi hermano, muerto ya[3]*, no quiso en modo alguno; y el día de Navidad volví con la familia, con papá, los hermanos, dos hermanitas*[4] *(una que no conocía, porque la llevaron de casa apenas nacida), y dos personas de servicio.*

¡Qué consuelo experimenté al volver con ellos y salir de paseo con mi tía! Ella me quería mucho, pero yo a ella nada. Papá me empezó a mandar a la escuela en el Instituto de Santa Zita (eran monjas).

Mientras estuve con la tía fui siempre mala. Ella tenía un hijo que me despreciaba y pegaba: un día que iba a caballo (tenía 15 años) la tía me mandó que le llevase no recuerdo qué prenda para cubrirse. Se lo llevé, y él me dio un pellizco: le di un empujón tan fuerte, que vino abajo; se hizo daño en la cabeza. La tía me tuvo con las manos atadas a la espalda por un día entero. Yo, despechada, llena de rabia, le respondí y le dije un montón de cosas, y que había de vengarme, pero no lo hice.

Comencé a ir a la escuela con las monjas; estaba en el paraíso. Mostré enseguida deseos de hacer la Primera Comunión, pero me vieron tan mala e ignorante, que estaban asustadas. Comenzaron a instruirme y darme buenos consejos; pero yo, cada vez peor. Teniendo siempre empero mayores deseos de recibir la Primera Comunión, y como veían que eran tan fuertes, decidieron satisfacerlos.

---

[2] Es el primero de los fenómenos místicos tan abundantes en la vida de Gema. Se trata de una voz misteriosa que habla al «corazón». Todavía no distingue Gema quién es el que pronuncia tales palabras. Más tarde irá indicando en cada caso la persona del mundo invisible que le habla: el ángel, San Gabriel, la Virgen, Jesús, etc. Es una voz distinta de la humana, pero con verdadera percepción de su sentido al modo de lenguaje claro y distinto. La primera vez que la escucha coincide con la fiesta del Espíritu Santo y tiene como preparación humana el gran dolor en que se hallaba sumergida Gema a causa de la enfermedad mortal de su madre. El dolor será en ella el sustrato humano que se sublima en elevaciones místicas.

[3] Luis Galgani, muerto en 1894. Gema habla de su muerte cuando escribe la Autobiografía en 1901.

[4] Estos hermanos de Gema eran: Gino, Héctor, Luis Antonio, más dos hermanas, Ángela y Julia.

Acostumbraban las monjas a preparar para la Primera Comunión en el mes de junio; llegó este tiempo y tuve que pedir permiso a papá para entrar en el convento por un poco de tiempo. Papá, enfadado, me lo negó; pero yo, que sabía una buena astucia para conseguir de él cuanto quería, la empleé y me dio resultado. (Siempre que papá me veía llorar, conseguía yo cuanto quería.) Lloré; de otro modo no hubiera conseguido nada. Por la noche, obtuve el permiso, y la mañana siguiente me fui enseguida al convento, donde estuve por espacio de quince días. Durante este tiempo no vi a nadie de la familia. ¡Pero, qué bien estaba! ¡Qué paraíso, papá mío! [...].

Apenas me vi en el convento, y tan contenta, corrí a dar gracias a Jesús en la iglesia, y le rogué fervorosamente me dispusiera para hacer bien la Comunión.

Pero tenía otro deseo además de éste: mamá, cuando era pequeñita, me enseñaba el Crucifijo y me decía que había muerto en la Cruz por los hombres: más tarde se lo oí repetir a las maestras, pero nunca había entendido nada, y hubiera deseado saber al dedillo toda la vida de Jesús y su Pasión. Manifesté este deseo a la maestra, y comenzó a explicarme a diario alguna cosa escogiendo para ello la hora en que las niñas estaban en la cama, y lo hacía, creo yo, a escondidas de la Madre Superiora.

Una tarde en que me explicó algo la crucifixión, la coronación de espinas, los dolores de Jesús, lo hizo tan bien, tan al vivo, que sentí una compasión tal y tanto dolor, que me sobrevino al instante una fiebre muy fuerte y tuve que estar todo el día en cama. Desde ese día, la maestra interrumpió su explicación.

También las monjas quisieron inquietarme: avisaron a papá de que me había sobrevenido la fiebre; pero lo pagaron bien, porque hubo para ellas, para mí y para todos los del convento. Esto sucedió especialmente durante los diez días de ejercicios.

Entré, pues, en Ejercicios el día... de junio. Fueron predicados por don Rafael Cianetti. Todas las niñas se mostraban muy solícitas para prepararse bien a la Primera Comunión: sola yo, entre tantas, era la más descuidada y negligente; no me cuidaba de mudar de vida; oía los sermones, pero luego los olvidaba.

A menudo, o, por mejor decir, todos los días, aquel buen predicador decía: «Quien se alimenta de Jesús, vivirá de su vida». Palabras que a mí me llenaban de consuelo y que me hacían razonar así: luego, cuando Jesús esté conmigo, yo ya no viviré en mí, porque será Jesús quien vivirá en mí. Y moría del deseo de poder decir pronto esas palabras. A veces pasaba noches enteras meditándolas y consumida del deseo de recibir a Jesús.

Llegó, finalmente, el anhelado día. La víspera escribí estas breves líneas a papá:

> *«Querido papá:*
> *Estamos en la víspera del día de mi Primera Comunión, día para mí de alegría infinita. Le escribo estas líneas únicamente para asegurarle de mi afecto, y para que ruegue a Jesús, a fin de que la primera vez que viene a mí me halle dispuesta para recibir todas aquellas gracias que me tiene preparadas.*
> *Le pido perdón por los muchos disgustos y desobediencias que le he causado, y le ruego quiera olvidarlo todo esta tarde. Pidiéndole su bendición, soy suya, afma. hija, GEMA».*

Me preparé para la confesión general con gran trabajo de aquellas buenas Hermanas. La hice tres veces con Monseñor Volpi[5]*; la última, el sábado, vigilia del día feliz.*

Llegó por fin la mañana del domingo: me levanté muy pronto y corrí a Jesús para recibirlo por primera vez. Fueron apagados finalmente mis anhelos. Entonces entendí por primera vez la promesa de Jesús: «Quien se alimenta de mí, vivirá de mi vida».

Papá mío, lo que pasó en esos momentos entre Jesús y yo, no sé expresarlo. Jesús se hizo sentir a mi alma de una manera muy fuerte. Comprendí entonces que las delicias del

[5] Mons. Juan Volpi era obispo desde 1897. Toda la vida de Gema sería su confesor ordinario.

cielo no son como las de la tierra. Me sentí presa del deseo de hacer continua aquella unión entre Jesús y yo. Cada vez me sentía más cansada del mundo, y más dispuesta para el recogimiento. Fue esa misma mañana cuando Jesús me dio deseos de ser religiosa.

Antes de salir del convento hice por mí misma algunos propósitos para regular mi vida:

1º Me confesaré y comulgaré cada vez como si fuera la última.

2º Visitaré a menudo a Jesús Sacramentado, en especial cuando esté afligida.

3º Me prepararé para las fiestas de la Virgen con alguna mortificación, y todas las noches pediré la bendición a la Madre del cielo.

4º Caminaré siempre en la presencia de Dios.

5º Cada vez que oiga sonar el reloj repetiré tres veces: Jesús mío, misericordia.

Hubiera querido añadir algunos más, pero no me lo permitió la maestra, y tenía razón, porque vuelta a casa y pasado un año, olvidé todos los propósitos hechos, y los buenos consejos, llegando a ser peor que antes. Seguí yendo a la escuela con las monjas, por un tiempo se alegraron. Comulgaba dos o tres veces por semana: Jesús se me hacía sentir cada vez más: hubo días en que me hizo sentir consuelos indecibles; pero como pronto lo dejé, me hice soberbia, desobediente, dando mal ejemplo a las compañeras y siendo piedra de escándalo para todos.

En la escuela no pasaba día en que no fuera castigada, no sabía las lecciones, y poco faltó para que me expulsaran. En casa no dejaba en paz a nadie, todos los días quería salir de paseo, llevar vestidos nuevos. En esto papá me complació por mucho tiempo. Dejé de hacer mis oraciones de mañana y tarde[6]*. Entre tantos pecados, nunca empero dejé de rezar las tres Avemarías* con las manos bajo las rodillas (cosa que me había enseñado mamá, para que Jesús me librase de los pecados contra la santa pureza).

2. Buscando el camino (1887-1898)

En aquel espacio de tiempo, que se prolongó por un año entero, la única cosa que me había quedado era la caridad para con los pobres. Siempre que salía de casa quería llevar conmigo dinero, y si papá a veces me lo negaba me llevaba pan... harina... y otras cosas, y parece que Dios quería que siempre encontrase pobres, pues nunca faltaban tres o cuatro cada vez que salía de casa. A los que llamaban a la puerta les daba ropa blanca y lo que se me venía a las manos.

El confesor me lo prohibió y ya no lo volví a hacer. Por este medio obró Jesús en mí una nueva conversión: papá ya no me daba ni un céntimo, de casa no podía coger nada, y cada vez que salía, no encontraba más que pobres que venían corriendo hacia mí. No les podía dar nada, y esto me apenaba tanto que no hacía más que llorar. Por esto, determiné no salir fuera de casa sin verdadera necesidad, acabando asqueada de vestidos y demás bagatelas.

Traté de hacer nueva confesión general y no se me permitió; me confesé empero de todo, y Jesús me dio un dolor tan grande, que todavía lo siento. Pedí perdón a las maestras, a las que más que a nadie había disgustado.

A papá y a los hermanos no les agradó este cambio. En especial de un hermano me tocó recibir reproches más de una vez, por querer ir todas las mañanas a misa de madrugada. Pero Jesús, desde entonces, me ayudó más que nunca.

En este tiempo, habiendo muerto el abuelo y el tío, dos tías paternas vinieron a vivir

---

[6] Gema escribe estas líneas bajo la impresión que su pasado le produce en el momento de redactar la Autobiografía. Su estado de elevada purificación, le hace aborrecer sobremanera el pasado. De ahí las tintas negras un poco exageradas con que traza el cuadro de su propio pasado.

con nosotros en familia. Eran dos tías buenas, religiosas y cariñosas, pero no era el cariño de mamá. Nos llevaban a la iglesia casi todos los días y no dejaban de instruirnos en las cosas de religión.

Entre mis hermanos y hermanas los había más y menos buenos: el mayor, el cuarto, que murió[7], *y la más pequeña, Julia, eran los mejores, y por eso los más queridos de las tías; pero los otros, que habían recibido de mí tal ejemplo, eran demasiado vivos, y por eso algo descuidados; pero no faltaba a nadie lo necesario.*

La peor de todos fui siempre yo, y ¡Dios sabe la estrecha cuenta que tendré que darle por el mal ejemplo para con mis hermanos y compañeras! No dejaban las tías de corregirme siempre que faltaba, pero yo les contestaba con altanería y con cierta aspereza.

Sin embargo, como he dicho, Jesús se valió de ese medio de no poder hacer ya limosnas para convertirme. Comencé entonces a pensar en lo mucho que ofendía a Jesús con mis pecados: comencé a estudiar y a trabajar; y las maestras siguieron queriéndome mucho. El defecto por el cual he recibido los mayores reproches y castigos ha sido la soberbia. La maestra me llamaba muy a menudo «la soberbia».

Sí, tenía, por desgracia, este pecado; pero Jesús sabe si lo conocía o no. Muchas veces fui a la maestra, a las discípulas todas y a la Madre Superiora a pedirles perdón de rodillas; por la tarde, y aun muchas noches, lloraba a solas conmigo: este pecado yo no lo conocía y en él caía y volvía a recaer, pero sin darme cuenta.

La maestra que durante los Ejercicios para la Primera Comunión me había explicado la Pasión, trató un día (acaso porque veía en mí una mudanza) de explicármela de nuevo; lo hizo muy despacio; a menudo me repetía: «Gema mía –me decía–, tú eres de Jesús y debes ser toda suya. Sé buena: Jesús está contento de ti; pero tienes necesidad de mucha ayuda. La meditación de la Pasión debe ser para ti la cosa más querida. ¡Oh, si pudiera tenerte siempre conmigo!...».

Aquella buena maestra me había adivinado el pensamiento. Otras veces me repetía: «Gema, ¡qué de cosas te ha dado Jesús!». Yo, que nunca entendí nada de todo esto, quedaba como muda; pero a veces tenía tal necesidad de una palabra, y (lo diré) hasta de una caricia de mi maestra, que corría a su encuentro. A veces se ponía seria; yo, al verla de ese modo, me echaba a llorar, y al fin me tomaba en brazos (aunque ya tenía 11 años) y me acariciaba: por fin me encariñé con ella de tal manera, que la llamaba «mi mamá».

Todos los años acostumbran las monjas a tener también para las externas un curso de Ejercicios. No me parecía verdad que iba de nuevo a «recogerme» con Jesús. Esta vez fui sola, sin ayuda ninguna. Las monjas los hacían por su cuenta y las niñas aparte.

Comprendí bien que Jesús me brindaba esta oportunidad para conocerme a mí misma y purificarme para agradarle más todavía.

Ejercicios hechos el año 1891, en los que Gema debe cambiar y entregarse toda a Jesús.

Recuerdo que aquel buen sacerdote repetía: «Recordemos que no somos nada, Dios lo es todo, Dios es nuestro Creador; todo cuanto tenemos, lo tenemos de Dios».

Pasados unos días, recuerdo que el Predicador nos mandó hacer la meditación sobre el pecado. Entonces sí que conocí verdaderamente, Padre mío, que era digna de que todos me despreciasen: ¡me veía tan ingrata para con mi Dios, y tan llena de culpas!

Luego hicimos la meditación sobre el infierno, del que me reconocí merecedora, y en esta meditación formulé este propósito: «Haré entre día actos de contrición, en especial si

[7] Luis Galgani, muerto el año 1875, a quien Gema no conoció

cometiere alguna falta».

En los últimos días se consideraron los ejemplos de humildad, dulzura, obediencia y paciencia [de Jesús]: y de esta meditación saqué también dos propósitos:

1.º Hacer todos los días la visita a Jesús Sacramentado, y hablarle más con el corazón que con la lengua.

2.º Procuraré con todas veras no tener nunca discursos inútiles e indiferentes, sino que hablaré de cosas del cielo.

Acabados los Ejercicios, obtuve del Confesor licencia para comulgar tres días por semana y confesarme también tres veces, cosa en que duré por cerca de tres o cuatro años, hasta el 1895.

Seguía yendo a escuela diariamente, pero el deseo de recibir a Jesús y conocer su Pasión iba cada día en aumento, de forma que obtuve de la maestra que cada vez que consiguiera diez puntos en la labor o el estudio, me la explicara por espacio de una hora. ¿Para qué más?: todos los días recibía un diez y todos los días tenía una hora de explicación sobre la Pasión. Muchas veces, reflexionando a menudo sobre mis pecados y la ingratitud para con Jesús, nos poníamos a llorar las dos.

Fue también en el transcurso de estos cuatro años cuando esta buena maestra me enseñó a hacer alguna penitencia ligera por amor a Jesús: la primera, llevar una cuerdecita a la cintura, y otras muchas; pero por más que hice, nunca pude conseguir permiso del Confesor para ponerlas en práctica. Entonces me enseñó a mortificar los ojos y la lengua: logró hacerme enmendar algo, pero con mucho trabajo.

Esta buena maestra murió después de haberme guiado durante seis años; pasé luego bajo la dirección de otra, tan buena como la primera[8]*, pero también ésta tuvo que lamentar en mí el feo vicio de la soberbia.*

Comencé bajo su dirección a tener un poco más de afición a la oración. Todas las tardes, apenas salía de la escuela, me iba a casa, me encerraba en una habitación y rezaba el Rosario entero de rodillas, y varias veces durante la noche me levantaba por espacio de un cuarto de hora y encomendaba a Jesús mi pobre alma.

Las tías y los hermanos apenas se ocupaban de mí: me dejaban hacer todo cuanto quería, porque conocían lo mala que era. Papá me contentaba en todo: solía decir (cosa que me hacía llorar muchas veces): «Tengo sólo dos hijos, Gino y Gema».

Y lo decía delante de los otros y, a decir verdad, éramos por ello un poco mal mirados en casa.

También yo quería a Gino más que a los otros: estábamos siempre juntos: durante los días de vacación nos entreteníamos haciendo altarcitos, fiestas, etc.; nos gustaba andar solos. Cuando ya era un poco mayorcito mostró deseos de ser sacerdote; fue admitido en el seminario y llegó a vestir la sotana; pero poco después murió[9]*.*

Mientras estuvo enfermo no quería que yo me separase de él. El médico le había desahuciado totalmente, y yo, que sentía tanto el que se muriera, a fin de morir yo también, me servía de todas sus cosas, y poco faltó para que así fuese, pues un mes después de su muerte enfermé gravemente.

No podría decir los muchos cuidados que todos se tomaron por mí, en especial papá:

[8] Sor Julia Sestini, que depuso en el proceso de Gema y conoció su glorificación.

[9] Falleció el 11 de septiembre de 1894. Este suceso afectó profundamente la psicología de Gema. Gino era el hermano más querido. Su pérdida le procuró una dura crisis afectiva. Con ocasión de este íntimo dolor se prepara a la primera visita del ángel. Nótese la dinámica de la sublimación sobrenatural. La pérdida del hermano se compensa en la familiaridad con el ángel.

muchas veces le veía llorar y pedir su muerte a Jesús para que yo me salvara. Puso en juego todos los remedios, y al cabo de tres meses curé.

El médico me prohibió entonces todo estudio, y dejé la escuela. Muchas veces la Superiora y las maestras me mandaron llamar para tenerme con ellas, pero papá no me quiso nunca mandar. Todos los días me sacaba de paseo; me daba todo cuanto quería, y yo comencé otra vez a abusar de su bondad. Recibía, no obstante, la Comunión tres o cuatro veces a la semana, y Jesús, aunque era mala, venía a mí, se estaba conmigo y me decía muchas cosas[10].

Un día, bien lo recuerdo, me regalaron un reloj con cadena de oro; yo, vanidosa como era, no veía el momento de lucirlo, saliendo fuera con él (mi cabeza, papá mío, se llenó de pajaritos). Salí, en efecto; al volver e ir a desnudarme, vi a un Ángel (que ahora sé que era el mío), el cual muy serio me dijo: «Recuerda que los preciosos adornos que han de hermosear a una esposa de un Rey Crucificado, no pueden ser otros que las espinas y la cruz»[11].

Estas palabras no se las dije ni siquiera al Confesor; ésta es la primera vez que las digo. Ellas me causaron miedo, como miedo me causó también aquel Ángel; poco después, reflexionando sobre tales palabras, sin entender nada, hice este propósito: propongo, por amor de Jesús, y para agradarle a él, no llevar ni hablar nunca de cosas de vanidad[12].

Tenía también un anillo en el dedo: me lo quité y nunca más lo he vuelto a llevar.

Propuse entonces (pues Jesús me daba señales claras de que me quería religiosa) cambiar de vida, y se me ofreció una hermosa ocasión, pues iba a comenzar el año 1896. He aquí lo que escribí en una libreta:

«Este nuevo año hago propósito de empezar una nueva vida; no sé qué es lo que me espera en este nuevo año. En vuestras manos, Señor, me pongo. Todas mis aspiraciones, todos mis afectos han de ser vuestros. Débil soy, Jesús mío, pero con vuestra ayuda espero y me propongo vivir de otra manera, esto es, más cerca de Vos»[13].

Desde el momento en que mamá me inspiró deseo de ir al paraíso, lo he conservado muy vivo (aun en medio de tantos pecados), y si Dios me hubiera dado a escoger, habría preferido verme libre del cuerpo y volar al cielo. Cada vez que tenía fiebre y me sentía mal, era para mí el mayor consuelo; pero era en cambio motivo del mayor dolor ver que, pasada la enfermedad, recuperaba más fuerza. Un día, después de la Comunión, me atreví a decir a Jesús que por qué no me llevaba al paraíso. Me respondió: «Hija, porque a través de tu vida te daré ocasiones de mayor mérito, redoblando en ti el deseo de ir al cielo, y soportando al mismo tiempo con paciencia la vida».

Estas palabras no lograron disminuir mi deseo de ir al cielo; antes al contrario, veía que cada día iba en aumento.

También este año, 1896, se despertó en mí otro deseo: el de amar mucho a Jesús Crucificado, y al mismo tiempo padecer y aliviarle sus dolores[14].

---

[10] La crisis afectiva trajo a Gema el peligro de la evasión en mundanidades que bien pronto iban a quedar cortadas.

[11] Primera visión del ángel de la guarda. Como en la muerte de la madre sintió por primera vez las voces de lo alto, así a la muerte de Gino viene a presentarse visiblemente su ángel. Será la presencia de este inseparable compañero la que sostendrá a Gema en las luchas de su difícil camino espiritual por estos años.

[12] La visión angélica produce el efecto positivo del cambio interior. Reconvenciones del ángel que fueron bien acogidas por Gema; de ahí su resultado transformador.

[13] Gema tiene 18 años. Ya está interiormente cambiada. Está naciendo en ella la nueva Gema, que será luego Santa Gema.

[14] La consecuencia natural del cambio que se opera en su interior es el amor al sufrimiento, que será la gran fuerza ascensional de Gema.

Un día, al mirar fijamente el Crucifijo, se apoderó de mí tanto dolor, que caí en tierra sin sentido; estaba precisamente en casa papá, y comenzó a reñirme, diciendo que forzosamente tenía que hacerme daño el estar tanto tiempo en casa y querer salir de ella tan de madrugada (hacía ya dos mañanas que no me dejaba salir para oír Misa). Le respondí enfadada: «Lo que me hace mal es estar tanto tiempo lejos de Jesús Sacramentado». Se disgustó tanto por esta contestación que me echó una buena reprimenda: me escondí en la habitación, y ésta fue la primera vez que desahogué mi dolor con Jesús.

Papá mío, yo no recuerdo las palabras que entonces dije, pero aquí está mi Ángel, que me las va dictando palabra por palabra: «Quiero seguirte, cuésteme lo que me cueste, y quiero seguirte con fervor; no, Jesús, no quiero disgustarte más con mi obrar tibio de hasta ahora: sería ir contigo para disgustarte. Propongo, pues: oración más devota, Comunión más frecuente, padecer y padecer mucho por ti, oh Jesús. Tendré la oración siempre en los labios. Cae muchas veces el que a menudo propone: ¿qué hará el que casi nunca propone?».

Estas palabras, papá mío, me las dictó el corazón en aquel momento de dolor y de esperanza, a solas con mi Jesús. Hacía muchos propósitos, pero jamás cumplía ninguno. Todos los días, en medio de tantos pecados de toda clase, pedía a Jesús que me diese el padecer y padecer mucho.

Jesús, en medio de todo, me consoló: me mandó un mal en un pie. Lo tuve secreto por bastante tiempo, pero el dolor creció tanto, que vino el médico y dijo que había que operar con tiempo, so pena de tener que cortar el pie[15]*. Gran disgusto se produjo en casa, sólo yo permanecí indiferente. Recuerdo que mientras me operaban lloraba y gritaba; pero luego, mirando a Jesús, le rogué que me perdonase este desahogo*[16]*. Todavía me mandó Jesús otras penas, y bien puedo decir que, desde que murió mi madre, no he pasado un solo día sin haber tenido alguna cosa que padecer por Jesús.*

Mientras, no cesaba de cometer cada día nuevos pecados: iba de mal en peor, estaba llena de defectos y no sé cómo Jesús no se me mostraba nunca enfadado. Sólo una vez he visto a Jesús enfadado conmigo, y digo que preferiría sufrir las penas mismas del infierno en vida a hallarme delante de Jesús irritado, poniéndome delante el cuadro horrible de mi alma, como hizo en el tiempo que luego diré[17]*.*

En la Navidad de este año, 1896, se me permitió ir a Misa y recibir la sagrada Comunión. Tendría por entonces unos dieciocho años, y hacía ya tiempo que venía demandando al Confesor licencia para hacer el voto de virginidad (cosa que le pedía sin saber lo que significaba, pero que tenía idea era el regalo más precioso que podía ofrecer a mi querido Jesús)[18]*.*

---

[15] El deseo de sufrir encuentra su primera ocasión de ponerlo en práctica. Gema Padece una caries ósea que empeoró a causa de un fuerte golpe provocado por la caída de un banco sobre su pie enfermo.

[16] La operación resultó dolorosa. Se procedió a limpiar la caries y a un raspado del hueso. Uno de los doctores que intervino en la operación felicitó a Gema por su aguante al dolor físico. Los familiares que asistieron a la misma quedaron también sorprendidos por la paciencia de Gema. Los lamentos que pudo exhalar consistieron sin duda en algunos ayes incontrolables. El suceso es de gran importancia en la posterior vida de Gema. En esta operación hizo Gema la experiencia de los efectos positivos del dolor. El esfuerzo realizado en esta ocasión la preparó para los avances espirituales que comenzaron inmediatamente.

[17] Situación crítica que Gema simplifica a la luz de sus experiencias posteriores. Lo que sucede es que su alma se debate en una crisis y conflictividad interior profunda. Por una parte su adolescencia en plena eclosión afectiva; por otra, la llamada interior a romper con lo mundano. La opción por el sufrir puro con Jesús no elimina la parte rebelde de su psicología que da fuertes coletazos.

[18] La dolorosa lucha interior se serena. Las llamadas a la elevación vencen las tentaciones rebeldes. El dolor físico soportado con paciencia fortalece a Gema hasta el punto de atreverse a entrar por el camino de la virginidad a la que aspira a consagrarse con voto.

No me fue posible obtenerlo, y en lugar del de virginidad me dejó hacer el de castidad; así la noche de Navidad hice mi primer voto a Jesús. Recuerdo que Jesús lo agradeció tanto, que por sí mismo, después de comulgar, me dijo agregase a él el ofrecimiento de mí misma, de mis sentimientos, y la aceptación del querer divino. Lo hice con tanta alegría, que pasé una noche y un día de paraíso.

Acabó el susodicho año y entramos en el 1897, año tan doloroso para toda la familia. Sólo yo, falta de corazón, quedaba indiferente a tantas desgracias. Lo más grave fue que quedamos faltos de todo recurso, y para colmo, la grave enfermedad de papá[19].

Comprendí una mañana la grandeza del sacrificio que pronto querría Jesús; lloré mucho, pero Jesús, que en aquellos días de dolor se dejaba sentir tan fuertemente en mi alma, y el ver a papá tan resignado a morir, me dio una fuerza tan grande, que soporté la enorme desgracia con bastante tranquilidad. El día en que murió, me prohibió perderlo en vanos lamentos y lloros, y lo pasé rezando y resignada con el querer de Dios, que desde aquel momento iba a hacer conmigo las veces de Padre celestial y terreno[20].

Después de su muerte, nos encontramos sin nada: no teníamos de qué vivir. Sabido lo cual por una tía, nos ayudó en todo y no quiso que siguiera más en familia; al día siguiente a la muerte de papá mandó por mí, y me llevó consigo durante varios meses. (No era la tía que me tuvo después de muerta mamá, era otra)[21].

Todas las mañanas me llevaba a Misa: la Comunión la hacía pocas veces, porque no me las arreglaba bien para confesarme con otros, fuera de Monseñor. En este tiempo comencé de nuevo a olvidarme de Jesús, a descuidar la oración y amar otra vez las diversiones[22].

Otra sobrina, que la tía tenía consigo, se hizo amiga mía, y con ella andaba de perfecto acuerdo en las pillerías. La tía nos dejaba salir muy a menudo solas; y bien me doy cuenta de que, si Jesús no hubiera usado conmigo de tanta misericordia, habría caído en pecados graves: el amor del mundo comenzó poco a poco a apoderarse de mi corazón; pero Jesús vino de nuevo en mi ayuda: de repente comencé a andar encorvada, y a sentir grandes dolores renales[23]*. Resistí durante algún tiempo, pero, viendo que la cosa iba cada vez peor, pedí a la tía para volverme a Luca. No perdió tiempo; me mandó acompañada.*

Pero, papá mío, el pensamiento de esos meses de pecado me hacía estremecer; los había hecho de todas clases; hasta pensamientos impuros pasaban por mi mente; había escuchado malas conversaciones, en lugar de huirlas; decía mentiras a la tía para no descubrir a mi compañera; en suma, veía el infierno abierto para mí[24].

Llegada a Luca, me fui arrastrando enferma por algún tiempo; no quise consentir que

---

[19] Sobreviene a Gema la crisis afectiva más fuerte. Ella, que amaba a su padre más que a su hermano Gino y a su madre, va a perder a su padre. Los progresos espirituales la tienen preparada para el terrible momento, pero el futuro queda incierto. Las conquistas ya realizadas corren el riesgo de perderse ante el furioso embate de la definitiva prueba.

[20] Gema superó victoriosa la prueba. Los efectos no pudieron ser más positivos. La pérdida de su padre le revela para siempre en forma experimental la paternidad de Dios. Esta experiencia se hará más consciente en el momento de la curación prodigiosa.

[21] La superación de la crisis espiritual sufrida con ocasión de la muerte del padre no fue repentina. La situación primera creada por aquel suceso fue la miseria económica. La familia Galgani –cargada de deudas– quedó en la calle. A Gema la acoge en su casa su tía paterna Carolina Galgani que la lleva consigo a Camayor.

[22] Para olvidarse de la pérdida de su padre, Gema se da de nuevo –peligrosamente– a la vida mundana.

[23] La gracia persigue a Gema. De nuevo es la voz de la enfermedad la que la saca de su peligroso estado.

[24] Gema frisa en los 19 años. Sometida a fuertes presiones del mundo y de la conciencia, sufre terribles accesos de culpabilidad cuando se da cuenta de que no es del todo fiel al camino emprendido cuando su respuesta a Dios sellada con el voto de castidad.

me visitara el médico (pues no quería que nadie me viese o tocase). Una tarde vino el médico de improviso, y a la fuerza me examinó y me halló un absceso corporal que juzgó grave, porque creía que afectaba gravemente a los riñones.

Ya hacía mucho tiempo que venía sintiendo dolor en esa parte; pero por mí misma no quería ni mirar ni tocar, y esto porque de pequeña había oído un sermón, del que se me habían grabado estas palabras: «Nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo». Estas palabras me impresionaron, y he procurado con todas mis fuerzas conservar puro mi cuerpo.

El médico, una vez que me reconoció, amplió la consulta.

¡Qué pena, papá mío, tener que descubrirme! Cada vez que oía al médico lloraba. Después de la consulta empeoré y tuve que guardar cama, sin poder moverme. Echaron mano de todos los remedios, pero, en vez de aprovecharme, me hacían daño. En la cama no podía estar tranquila, y era una molestia para todos.

Al segundo día de estar en cama no encontraba paz, y escribí a Monseñor que deseaba verlo. Vino enseguida, e hice confesión general; no porque me sintiera mal, sino para recobrar la paz de conciencia que había perdido. Una vez confesada me encontré en paz con Jesús, y como prueba de ello esa misma tarde me dio un vivo dolor de mis pecados.

Pero ahora viene lo más gordo, padre mío. El mal iba en aumento, los médicos resolvieron operarme en la parte que he dicho. Vinieron tres; el dolor del mal no fue nada, el verdadero dolor fue el tener que estar casi desnuda del todo delante de ellos... Hubiera, papá mío, preferido morir... Los médicos, viendo que todos los remedios resultaban inútiles, me desahuciaron totalmente: sólo de vez en cuando venían, casi me atrevería a decir que por cumplimiento.

Esta enfermedad, a juicio de todos los médicos, era «espinitis»; sólo uno decía que era histeria[25]*. En la cama tenía que guardar siempre una misma postura, yo sola no podía moverme; para recibir de vez en cuando algún alivio, tenía que pedir a los de casa que me ayudasen a levantar ahora un brazo, ahora una pierna; eran todos solicitud para conmigo, y yo, en cambio, no les daba más que disgustos y malas contestaciones*[26]*.*

Una tarde, más disgustada que de ordinario, me lamentaba con Jesús, diciéndole que no rezaría más, si no me curaba, y le preguntaba por qué me tenía así[27]*.*

El Ángel me respondió: «Si Jesús te aflige en el cuerpo, lo hace para purificarte cada vez más en el espíritu: Procura ser buena». ¡Cuántas veces durante mi enfermedad me hacía sentir al corazón palabras de consuelo!, pero yo nunca hacía caso.

Lo que más me afligía estando en cama era el ver que no podía hacer lo que hacían los demás, esto es, ir todos los días a misa y a confesarme. Una mañana, en que me llevaron la Comunión a casa, Jesús se hizo sentir con más fuerza y me reprochó, diciendo que era un alma muy débil. «Es tu amor propio el que se resiente por no poder hacer lo que hacen los otros –me decía– por la confusión que experimentas al tener necesidad de la ayuda ajena; si estuvieras muerta a ti misma no te enfadarías tanto».

Estas palabras de Jesús me hicieron gran bien, y por algún tiempo estuve sosegada y alegre en el espíritu.

---

[25] El doctor que atribuía a histeria el mal grave de Gema seguramente aludía al componente subjetivo de la enfermedad. En efecto, es posible que aquella mortal enfermedad de Gema fuera la somatización del hundimiento interior que procuró a su psicología la muerte de su imprescindible papá.

[26] Gema culpabiliza retrospectivamente el estado psicológico de profundo malestar interior. La imagen que proyectó al exterior fue de verdadera y ejemplar paciencia.

[27] La profunda aflicción e insatisfacción psicológica tomó la forma de quejas, del tipo de las acusaciones que el santo Job dirigió al Señor en el AT

3. Con San Gabriel de la Dolorosa

Durante todo este tiempo, en casa no cesaban de hacer triduos y novenas para conseguir mi curación, pero de nada servía. Yo misma estaba indiferente[28]*. Las palabras de Jesús me habían confortado, pero no convertido.*

Un día, una señora, que solía venir a visitarme, me trajo para leer la Vida del Venerable Gabriel[29]*. La tomé con indiferencia y la puse bajo la almohada; la señora me recomendó que me encomendara a él, pero no le hice caso. En casa comenzaron a rezarle todas las noches tres Pater, Ave y Gloria.*

Un día, estando sola, pasadas las doce, me sobrevino una fuerte tentación, y decía para mis adentros que estaba cansada, que la cama me molestaba. El demonio se valió de esto para tentarme, diciéndome que si le hacía caso me curaría y haría cuanto quisiera. Papá mío, casi estuve a punto de sucumbir; me hallaba agitada y me daba por vencida. De repente me vino un pensamiento; volé con la mente al Venerable Gabriel y dije en voz alta: «¡ Primero el alma y después el cuerpo!».

A pesar de todo, el demonio seguía con asaltos cada vez más fuertes: mil pensamientos feos me pasaban por la imaginación. Recurrí de nuevo al Venerable Gabriel, y con su ayuda vencí: volví en mí, hice la señal de la Santa Cruz y en un cuarto de hora quedé unida con Dios, por mí tan despreciado. Recuerdo que aquella misma tarde comencé a leer la vida del Cohermano Gabriel[30]*. La leí varias veces; no me cansaba de leerla y admirar sus virtudes y sus ejemplos. Mis propósitos eran muchos, pero los hechos nulos.*

Desde el día en que mi querido protector, el Venerable Gabriel, me curó el alma[31]*, comencé a tenerle una particular devoción: por la noche no me dormía si no tenía su imagen bajo la cabecera, y desde entonces comencé a verlo cerca*[32] *(aquí, papá mío, no sé explicarme: sentía su presencia). Todo acto, toda acción mala me traía a la memoria el Cohermano Gabriel, y me retraía. No dejaba ningún día de invocarle con estas palabras: «primero el alma y después el cuerpo».*

Un día vino la antedicha señora a recoger la Vida del Venerable. Al sacarla de debajo la almohada para entregársela no pude por menos de llorar, y ella, viendo que me costaba el dársela, me dijo que ya volvería a recogerla cuando se la exigiese quien se la había prestado. Volvió después de algunos días, y entonces, aunque llorando, tuve que dársela: lo sentí mucho.

Pero Dios bendito quiso pronto recompensar este pequeño sacrificio, y esa misma noche, en sueños[33]*, se me apareció vestido de blanco: no lo conocí, Padre mío. El se dio cuenta de que no le había conocido, se quitó la vestidura blanca y se me dejó ver vestido de*

---

[28] Descripción realista del estado interior de Gema, abatida y carente de razones para esperar en algo.

[29] Primer encuentro con la persona de San Gabriel de la Dolorosa, estudiante pasionista muerto a los 24 años de edad el 27 de febrero de 1862. En 1891 se introdujo su causa de canonización y empezaron a publicarse vidas edificantes del mismo. Una de ellas cayó en manos de Gema, precisamente escrita por el que iba a ser su director espiritual, el P Germán de San Estanislao. Lo que comenzó con la lectura de la biografía se convertiría en una de las más hermosas historias de intercomunicación entre las personas del mundo invisible y los individuos que aún viven en la *dimensión* histórica de la existencia humana.

[30] *Cohermano.* Es la expresión de uso familiar entre los pasionistas para designar a los clérigos no ordenados *in sacris,* durante el tiempo de su noviciado y los estudios.

[31] Lo primero que San Gabriel procuró a Gema fue la curación del alma, es decir: la superación del estado fuertemente depresivo que había procurado la enfermedad orgánica.

[32] Primera forma de presencia indefinida, que se tornará clara visión del santo en los días siguientes.

[33] La presencia indefinida se interioriza en forma de sueños, pero de tipo inicialmente místico al estilo de los sueños de la Biblia en el patriarca José y otros persona- les del A. y del NT.

pasionista; enseguida le reconocí. Quedé en silencio en su presencia. Me preguntó que por qué había llorado al privarme de su Vida; no sé lo que le respondí, pero me dijo: «Ya ves cuán agradable ha sido tu sacrificio: lo he agradecido tanto, que he venido yo mismo a verte. ¿Me quieres?». No le contesté. Me acarició varias veces y me repitió: «Procura ser buena, y volveré a verte». Me dio a besar su hábito y el rosario, y se fue.

La fantasía comenzó a abultar el hecho. Pero en vano esperé otra visita; no volvió sino después de varios meses. He aquí cómo sucedió. Era la fiesta de la Inmaculada Concepción. Por ese tiempo solían venir las monjas barbantinas, Hermanas de la Caridad, a mudarme y servirme; entre ellas venía una que no estaba todavía vestida de religiosa, y no lo estaría hasta pasados dos años. Me vino entonces una inspiración: Si mañana, que es la fiesta de mi Mamá –decía yo entre mí–, le prometiese que si me cura me haré monja de la Caridad, ¿qué sería?[34].

Este pensamiento me llenó de consuelo; se lo manifesté a Sor Leónida, y ella me prometió que, si curaba, me vestiría el hábito juntamente con aquella novicia de la que he hablado. Quedamos en hacer por la mañana, después de la Comunión, esta promesa a Jesús. Vino Monseñor a confesarme, y enseguida me dio su licencia. Además, me dio otro consuelo: el voto de virginidad, que nunca había dado señales de querer concedérmelo, me lo autorizó y lo hicimos perpetuo, esa misma tarde. Él lo renovó[35]*, y yo lo hice por primera y última vez: ¡Qué gracias tan grandes, a las que yo no he sabido corresponder!*

Aquella tarde disfrutaba de una paz completa. Por la noche me dormí. De repente veo a mis pies a mi protector[36]*; me dijo: «Gema, haz en hora buena el voto de ser religiosa, pero no añadas más». «¿Y por qué?» –le pregunté–. Me respondió haciéndome una caricia sobre la frente: «¡Hermana mía!»*[37]*, y al mismo tiempo se sonrió y me miró. No entendía nada de esto, y para darle gracias le besé el hábito; se quitó la insignia (que los pasionistas llevan sobre el pecho), me la dio a besar, y me la puso sobre el pecho encima de la sábana, repitiéndome de nuevo:*

«¡Hermana mía!», y desapareció.

Por la mañana, sobre las sábanas no había nada[38]*, comulgué temprano, hice mi promesa, pero sin particularizar más. De esto no hablé ni con las monjas ni con el confesor; las monjas me recuerdan ahora muchas veces el voto hecho, creyendo que yo prometí hacerme Hermana de la Caridad, y hasta me han llegado a decir que la Virgen puede hacerme enfermar de nuevo. Jesús agradeció mucho esta promesa, y se alegró en mi corazón.*

Entre tanto, pasaban los meses y yo no notaba ninguna mejoría. El 4 de enero los médicos hicieron una última prueba: me aplicaron doce botones de fuego a los riñones. Esto bastó, me puse peor. A estos males se añadió, el 28 de enero, un dolor de cabeza verdaderamente insoportable. Llamado aprisa el médico, declaró que el mal era grave (se trataba de un tumor en la cabeza); la operación no podía hacerse, porque yo estaba en extremo debilitada; empeoraba por días, y el 2 de febrero recibí la Comunión por Viático. Me confesé y esperaba el momento de volar con Jesús. Pero ¡despacio! Los médicos, creyendo

---

[34] En la terrible postración en que había caído tras la muerte de su papá, Gema empieza a superarse y es capaz de formar planes de futuro, bajo la forma de promesa de ingresar en religión si recobra la salud corporal.

[35] En la solemne fiesta de la Inmaculada emite el voto de virginidad. Le acompaña su confesor. Él renueva el suyo, Gema lo formula por primera vez. El padre espiritual y la hija se funden en una misma consagración a Dios.

[36] San Gabriel de la Dolorosa.

[37] San Gabriel le predice su pertenencia a la familia pasionista.

[38] Todo había sido una realidad del orden místico.

que yo nada oía, comentaron entre sí que no llegaría a la medianoche. ¡Viva Jesús!

Una de mis maestras (de la que ya he hablado anteriormente), vino a verme y al mismo tiempo a despedirse de mí hasta el cielo. Me suplicó, no obstante, que hiciese una novena a la Beata Margarita María Alacoque, diciéndome que sin duda alguna me concedería la gracia de curar perfectamente, o bien, apenas muriera, de volar al cielo enseguida.

Dicha maestra quiso, antes de retirarse de la cabecera de mi cama, que le prometiese empezar aquella misma tarde la novena; era el 18 de febrero. La comencé, en efecto, la hice por primera vez esa misma tarde, pero al día siguiente, me olvidé. Volví a empezarla el día 20, pero otra vez me olvidé. Vaya cuidado por la oración, ¿verdad, padre mío?

El 23 la empecé por tercera vez (o por mejor decir, tuve intención de empezarla), pero faltaban pocos minutos para la medianoche, cuando oigo agitarse un rosario[39]*, y una mano viene a posarse sobre mi frente; oí que empezaban un Pater, Ave y Gloria* durante nueve veces seguidas. Yo apenas si respondía, porque estaba aplanada por el mal. La misma voz que había guiado los Padrenuestros me preguntó: «¿Quieres curarte?». «Me da lo mismo»[40]*, respondí. «Sí –añadió–, te curarás; ruega con fervor al Corazón de Jesús; todas las tardes, mientras no se termine la Novena, vendré yo aquí contigo, y juntos rogaremos al Corazón de Jesús». «¿Y la Beata Margarita?», le dije. «Añade también tres Gloria Patri* en su honor».

Así lo hice por nueve noches seguidas; cada noche volvía la misma persona[41]*, me ponía la mano sobre la frente, rezábamos juntos los Padrenuestros al Corazón de Jesús, y luego me hacía añadir tres Gloria* a la Beata Margarita.

Era el penúltimo día de la Novena, y al término de la misma quería recibir la sagrada Comunión; terminaba precisamente el primer viernes de marzo. Llamé al Confesor y me confesé; muy temprano, comulgué. ¡Qué momentos tan felices pasé con Jesús!

Me repetía: «Gema, ¿quieres curar?». La emoción era tan grande, que no podía contestar. ¡Pobre Jesús! La gracia había sido hecha, estaba curada[42]*.*

«Hija –me decía Jesús abrazándome–, yo me doy todo a ti, ¿y tú no querrás ser toda mía?».

Bien veía que Jesús me había quitado los padres, y a veces me desesperaba, porque me parecía estar abandonada.

Esa mañana me quejé con Jesús, y Jesús, siempre bueno, cada vez más afectuoso, me repetía: «Yo estaré, hija, siempre contigo. Yo soy tu Padre, y tu madre será aquélla... –y me indicó a la Virgen Dolorosa–. Jamás faltará la paternal asistencia a quien se ponga en mis manos: nada pues te faltará a ti, aun cuando te haya privado de todo consuelo y apoyo en la tierra. Ven, acércate..: eres hija mía... ¿No eres feliz siendo hija de Jesús y de María?»[43]*. Los muchos sentimientos que Jesús había despertado en mi corazón me impidieron responder.*

---

[39] Era San Gabriel, que llevaba al cinto el gran rosario pasionista.

[40] La postración psicológica estaba latente. Gema no siente razones para seguir viviendo. El que mantiene el leve hilo de esperanza es San Gabriel con sus continuas intervenciones.

[41] San Gabriel de la Dolorosa.

[42] Gema cuenta en forma más detallada el proceso de su curación en un relato que compuso el 9 de marzo de 1899 –seis días después del milagro– con una inmediatez mucho más grande que la narración de la Autobiografía.

[43] La curación milagrosa trajo una reestructuración completa de la personalidad de Gema. La enfermedad mortal había sido provocada por la terrible crisis afectiva por la pérdida del padre. Ahora, en la visión de la curación, todo queda sublimado y reestructurado. Jesús será el padre; María será la madre; Gabriel será su hermano. A la curación total del tumor en la cabeza, que describe aquí, sucedida el primer viernes, 3 de marzo de 1899, le precedió el día 2 la curación, también completa y repentina, de una dolorosa otitis purulenta en su oído izquierdo.

Habrían pasado dos horas, cuando me levanté. Los de casa lloraban: también yo estaba contenta, más que por la salud recuperada porque Jesús me había escogido por hija. Antes de dejarme esa mañana, me dijo Jesús: «Hija mía, a la gracia que te he concedido esta mañana seguirán otras mucho mayores». Y así ha sido en verdad, pues Jesús me ha protegido siempre de una manera especial; yo, en cambio, no he tenido para con él más que frialdad e indiferencia, pagando así las infinitas pruebas de amor que me ha dado.

Comencé desde entonces a no poder estar sin ir todas las mañanas con Jesús, pero no podía. Tenía permiso del Confesor, pero mi debilidad era tanta, que apenas si podía tenerme en pie. El segundo viernes de marzo de 1899 salí por primera vez para recibir la sagrada Comunión, y desde esa fecha no la he vuelto a dejar nunca, a no ser alguna vez, porque mis muchos pecados me hacían indigna o porque el Confesor me la quitaba en castigo.

La misma mañana de ese viernes segundo quisieron verme las monjas Salesas; fui, en efecto, a visitarlas[44]*, y me prometieron que durante el mes de mayo me admitirían con ellas a hacer un curso de Ejercicios, y en junio, si yo quería y tenía verdadera vocación, me recibirían en el convento para siempre. Yo, a la verdad, recibí con satisfacción este ofrecimiento, tanto más que veía que Monseñor estaba también de acuerdo.*

Pasé el mes de marzo comulgando cada día, y Jesús me llenaba de inefables consuelos.

Vino la Semana Santa, por mí tan deseada para asistir a las sagradas funciones; pero Jesús lo había dispuesto muy de otra manera: en aquella semana Jesús quería de mí un gran sacrificio. Llegó el miércoles santo. (Nada extraordinario se había manifestado hasta entonces en mí, fuera de que, al comulgar, Jesús se me hacía sentir de una manera vivísima).

El Ángel de la Guarda, desde el día en que me levanté, comenzó a hacer conmigo las veces de maestro y guía: me reprendía siempre que hacía alguna cosa mal, me enseñaba a hablar poco y solamente si era preguntada. Una vez que los de casa hablaban poco bien de una persona, yo quise también meter baza, pero el Ángel me reprendió. Me enseñaba a andar con los ojos bajos, y hasta en la iglesia me reñía de lo lindo, diciendo: «¿Es así como se está en la presencia de Dios?». Otras veces me reñía de esta manera: «Si no eres buena, no me dejaré ver de ti». Me enseñó muchas veces cómo debía estar en la presencia de Dios: a adorarlo en su infinita bondad, en su infinita majestad, en su misericordia y en todos sus atributos.

Nos hallábamos, como he dicho, en la Semana Santa, el miércoles; el Confesor creyó por fin oportuno dejarme hacer una confesión general, según era mi deseo desde hacía mucho tiempo; escogí precisamente la tarde del miércoles, y ya bien entrada. Jesús por su infinita misericordia me dio un dolor grandísimo de mis pecados, y he aquí el modo. El jueves por la tarde comencé a hacer la Hora Santa (había prometido a Jesús que, si curaba, todos los jueves indefectiblemente haría la Hora Santa). Era la primera vez que la hacía levantada; también los otros jueves la había hecho pero en la cama, pues el Confesor no me permitía, dada mi extrema debilidad, que la hiciera de pie. De la confesión en adelante me lo permitió.

Me puse, como digo, a hacer la Hora Santa; sentíame tan penetrada del dolor de mis pecados, que pasé días de verdadero martirio. Pero en medio de tanto dolor, me quedaba un consuelo: el de llorar, consuelo y alivio al mismo tiempo. Pasé la hora entera rezando y llorando; hasta que, cansada como estaba, me senté; el dolor seguía. Poco después me sentí recogida, y al poco rato, casi a un tiempo, noté que empezaban a faltarme las fuerzas (a duras penas pude levantarme para cerrar con llave la puerta de la habitación). ¿Dónde me encontré? Me encontré, Padre mío, delante de Jesús, crucificado en ese mismo momento.

[44] Gema tenía también motivos personales para ir a las Salesas: dar gracias a la entonces beata Margarita María Alacoque, que la había curado.

Derramaba sangre por todas partes. Bajé enseguida los ojos, y aquella visión me turbó no poco; me hice la señal de la Cruz; pasada la turbación sobrevino un poco de calma a mi espíritu. Pero seguía sintiendo aún con mayor fuerza el dolor de mis pecados; ni una vez levanté los ojos para mirar a Jesús: no me atrevía; me eché en tierra con la frente por el suelo, y así estuve por espacio de varias horas. «Hija –me dijo–, mira: estas llagas las habías abierto tú con tus pecados, pero ahora, alégrate, que todas las has cerrado con tu dolor. No me ofendas más. Ámame, como yo siempre te he amado. Ámame», me repitió muchas veces.

Aquel sueño se alejó y volví en mí; desde entonces comencé a tener horror grandísimo al pecado (la gracia más grande que me ha hecho Jesús). Las llagas de Jesús quedaron tan profundamente grabadas en mi mente, que jamás se han vuelto a borrar.

La mañana del Viernes Santo recibí la Comunión[45] *y durante el día hubiera querido hacer las horas de agonía; pero los de casa no me lo permitieron, a pesar de mis lloros, y haciéndome violencia ofrecí este primer sacrificio a Jesús, y El, siempre tan generoso, a pesar de que lo había hecho a la fuerza, me lo quiso premiar, pues habiéndome encerrado en mi habitación para hacerla yo sola, no estuve sola: vino conmigo el Ángel de la Guarda y oramos untos; asistimos a Jesús en todos sus trabajos, compadecimos a la Virgen nuestra Madre en todos sus dolores. No dejó, sin embargo, mi Ángel de hacerme un dulce reproche, diciéndome que no llorase cuando tuviera que hacer algún sacrificio por Jesús, sino que diera gracias a los que me ofrecían ocasión de hacerlo. Fue ésta la primera vez y el primer viernes que Jesús se hizo sentir a mi alma de modo tan fuerte; y aun cuando no recibiera, porque era imposible, de manos del sacerdote a Jesús verdadero, sin embargo, Jesús vino por sí mismo*[46] *y se dio en* comunión a mi alma. Y fue tan íntima esa nuestra unión, que yo estaba como estupefacta.

Jesús me habló de modo muy sensible: «¿Qué haces? –me decía–, ¿qué me dices? ¿Ni siquiera te conmueves?». Fue entonces cuando, no pudiendo resistirlo más, dije con energía: «¡Oh, Jesús, pero, ¿cómo tú, perfectísimo y santísimo, no tienes otra cosa que amar, sino a mí, que soy toda frialdad e imperfección?». «Estoy loco –me repetía Jesús– por unirme a ti; corre, ven todas las mañanas. Pero mira bien –me decía– que yo soy un padre y un esposo celoso, ¿me serás tú hija y esposa fiel?»[47].

Fueron miles las promesas que hice a Jesús esa mañana; pero ¡Dios mío!, ¡cuán pronto las olvidé! Tenía siempre horror al pecado, mas, a pesar de ello, lo cometía continuamente. Y Jesús no, no podía estar contento; sin embargo, seguía consolándome, y me mandaba el Ángel de la Guarda para que fuera mi guía en todo.

De todo esto debía dar cuenta a mi Confesor; fui a confesarme, pero no me atreví, salí sin decirle nada. Regresé a casa, y al entrar en mi habitación vi que mi Ángel lloraba; no me atreví a preguntarle nada, pero él espontáneamente me dijo: «¿De modo que tú no me quieres ver? Eres mala: callas las cosas al Confesor. Recuerda bien lo que te digo, te lo repito por última vez: si vuelves a callar lo más mínimo al Confesor, yo no me dejaré ver más de ti. Nunca, nunca». Me puse de rodillas y me mandó que hiciese el acto de contrición, haciéndome prometer que en adelante se lo diría todo al Confesor, y luego me perdonó en nombre de Jesús.

---

[45] En tiempos de Gema no se podía recibir la comunión el Viernes Santo. Por la explicación que da más abajo, el mismo día, fue Jesús el que se le entregó bajo la forma de la comunión sacramental...

[46] La comunión de manos de Jesús.

[47] En este Viernes Santo ofrece Jesús a Gema el matrimonio místico. El que hasta ahora se presentara como Padre, revela su voluntad de ser también esposo amoroso.

Era por el mes de abril; con impaciencia esperaba el momento de ir a hacer los Ejercicios con las Salesas, según me habían prometido. Una mañana, después de la Comunión, Jesús me dio a conocer una cosa que le había disgustado: la había hecho la tarde anterior.

Acostumbraban a venir a casa dos chicas, amigas de una hermana mía, y se hablaba, no de cosas malas, pero sí mundanas; yo tomé parte y dije lo mío como las demás; pero por la mañana Jesús me riñó tan ásperamente, se apoderó de mí un terror tal, que habría deseado no hablar ni ver a nadie.

Jesús seguía haciéndose sentir diariamente a mi alma y llenándome de consuelo; yo, al contrario, seguía volviéndole la espalda y ofendiéndole sin reparo alguno[48]*. Dos sentimientos y dos pensamientos bullían a la par en mi corazón, una vez que Jesús se hizo sentir por primera vez y se dejó ver de manera sangrante. El primero, de amarle, y amarle hasta el sacrificio*[49]*; pero, como no sabía el modo de amarlo verdaderamente, rogué a mi Confesor que me lo dijera, y él me respondió: «¿Qué se hace para aprender a leer y escribir? Escribimos y leemos continuamente, y así se aprende». No me convenció esta respuesta, no entendí nada absolutamente. Muchas veces le rogué que me enseñase, pero siempre recibía la misma.*

La otra cosa que nació en mi corazón, después de haber visto a Jesús, fue un deseo grande de padecer algo por él, que tanto había padecido por nosotros. Comencé por proveerme de una cuerda gruesa, que a escondidas quité de un pozo; hice en ella varios nudos y me la puse a la cintura. Pero apenas si pude tenerla un cuarto de hora, porque el Ángel de la Guarda, riñéndome, me la hizo quitar, pues no tenía permiso del Confesor; se lo pedí poco después, y lo obtuve. Pero lo que más me afligía era el no poder amar a Jesús como yo quería; procuraba no ofenderle, mas mi mala inclinación era tan fuerte, que sin una gracia especial de Dios habría caído en el infierno.

Me preocupaba el no saber amarlo, pero Jesús, en su infinita bondad, no se avergonzaba de humillarse hasta hacerse mi maestro, para tranquilizarme. Un día, al tiempo de hacer mis oraciones de la tarde, me sentí toda recogida interiormente y vi por segunda vez a Jesús Crucificado, que me decía estas palabras: «Mira, hija, y aprende cómo se ama», y me mostró sus cinco llagas abiertas. «Mira esta cruz, estas espinas, estos clavos, esta lividez, estos desgarrones, estas llagas y esta sangre; todo es obra de amor y de amor infinito. ¿Ves hasta qué extremo te he amado? ¿Me quieres amar de verdad? Aprende antes a sufrir. El sufrir enseña a amar»[50]*.*

Aquella vista produjo en mí nuevo dolor, y pensando en el amor infinito de Jesús para con nosotros, y en los padecimientos que había tolerado por nuestra salvación, me desmayé, caí en tierra y volví en mí después de varias horas. Todo cuanto me sucedía en esas horas de oración eran consuelos grandísimos, que, aun cuando se prolongasen por muchas horas, jamás me cansarían.

Todos los jueves seguía haciendo la Hora Santa, pero a veces sucedía que esta hora se prolongaba hasta cerca de las dos, porque me estaba con Jesús, y casi siempre me hacía participante de aquella tristeza que sintió en el Huerto a la vista de mis muchos pecados y de

---

48 Gema carga las tintas de su conducta imperfecta. Pero su lenguaje atestigua muy bien cómo en las etapas más elevadas del espíritu, queda el hombre siempre en su esencial condición de limitación moral nunca superada.

49 La invitación a la unión esponsal abre en Gema un nuevo anhelo de amor perfecto y de sacrificio. Serán las disposiciones que la preparen al matrimonio místico.

50 Esta revelación del modo de amor que Jesús quiere de Gema anticipa la peculiar manera que en Gema revestirá la unión esponsal: la reproducción de la Pasión en su cuerpo.

los de todo el mundo: tristeza tal, que bien puede compararse con la agonía de la muerte. Después de todo esto quedaba con una paz y un consuelo tan dulce, que era menester desahogase derramando lágrimas, que me hacían gozar de modo incomprensible, y aumentaban en mí el deseo de amar a Jesús y de padecer por él.

Nos acercábamos entre tanto al momento tan deseado de los Santos Ejercicios, y entré en el convento el 1 de mayo de 1899, a las tres. Me pareció entrar en el paraíso. ¡Qué consuelo! Prohibí, como primera precaución, a los de casa que vinieran a verme durante ese tiempo, pues esos días eran todos días de Jesús. Monseñor vino a verme esa misma tarde y me concedió el permiso (según deseaba la Superiora) de hacer los Ejercicios privadamente, pero como prueba, haciendo todo lo que hacían las monjas. La Madre Superiora me remitió a la Maestra de Novicias, la que me dio un horario a que atenerme los días que estuviese con ellas.

Tenía que levantarme a las cinco, ir al coro a las cinco y media, comulgar y rezar luego con las monjas Prima y Sexta; después, salir para la colación, y pasada media hora, ir a la celda; a las nueve al coro de nuevo, oír la Misa de la Comunidad y recitar Nona; a las nueve y media, si Monseñor hubiera podido, habría venido a hacerme la plática, pero como no pudo, me dio un libro, para que durante ese tiempo hiciese la meditación, y por la tarde venía a decirme alguna cosa. A las diez y cuarto, en que terminaba precisamente la meditación, iba a visitar a Jesús con las monjas, y luego a las diez y media a comer, hasta las once y media; de esta hora a las doce y media, recreo. (Obtuve de Monseñor permiso para no tener más que una recreación al día, con las monjas, porque por la tarde me gustaba pasarlo con Jesús en el coro).

A las doce y media iba al noviciado hasta las tres, y allí estaba ocupada en labores; a las tres, otra vez a rezar Vísperas; luego se reunía la Comunidad y la Superiora daba algunas instrucciones, hasta las cinco. A las cinco de nuevo en la iglesia para rezar Completas y tener una hora de meditación, como mejor creyera oportuno hacerla; después de la meditación volvíamos al refectorio y luego a la recreación, tiempo que yo pasaba con la Madre Superiora en su celda, o bien en el coro. Se reunía después la Comunidad a las ocho y media por espacio de media hora, y a las nueve se rezaban los Maitines, y por último a la cama.

Padre mío, a mí me pareció que aquella vida era demasiado cómoda para monjas, y en vez de aficionarme, comencé a disgustarme de ella[51]*. Las novicias, que tenían todas para mí algún cuidado especial, me avisaban de vez en cuando y me decían lo que sería más grato a la Comunidad, pero yo no me cuidaba de ello; lo que me afligía era tener que volver al mundo, y habría preferido permanecer allí (bien que no sintiera ningún entusiasmo), a volver a los lugares donde las ocasiones de ofender a Jesús son tantas; pedí a Monseñor para no salir más del convento.*

Con el consentimiento de la Madre Superiora y de toda la Comunidad pedí el permiso al Arzobispo, que no me lo concedió, diciendo que estaba todavía muy débil de salud, y porque tenía que usar aún un corsé de hierro para enderezar la espina dorsal. (No sé quién me espiaba, para contárselo al Arzobispo.) La Madre Superiora me mandó entonces por obediencia que me quitase el corsé; lloré ante este mandato, porque sabía bien que no podía tenerme en pie; fui al noviciado, rogué a Jesús Niño, y luego volé a mi habitación; me lo quité, y ya son dos años que no me lo he vuelto a poner, y estoy maravillosamente.

La Superiora, sabida la cosa, se apresuró a comunicárselo a Monseñor, para que éste se lo dijese al Arzobispo. Faltaba un día para terminar los Ejercicios y Monseñor Volpi vino a

---

[51] Gema no estaba hecha para la vida salesa. Por eso su experiencia resultó fallida.

confesarme y me preguntó si quería quedar todavía doce días más, porque el 21 de mayo era la profesión de algunas Hermanas y hubiera deseado que yo la presenciase.

Me alegró infinito el permanecer entre ellas, pero un pensamiento no se me quitaba de la mente: aquella vida era demasiado cómoda para mí; había pecado mucho, y tenía que hacer penitencia. Manifesté mis temores a Jesús después de la Comunión, y Jesús, sin tener en cuenta mi miseria, me consolaba y se hacía sentir cada vez más a mi alma, y me tranquilizaba con palabras de consuelo. Estuve presente, como deseaba Monseñor, a la profesión de cuatro novicias; aquella mañana lloré y lloré mucho; Jesús me conmovió más de lo ordinario, y algunas Hermanas que me vieron se me acercaron y me preguntaron si deseaba alguna cosa, porque estaba a punto de perder los sentidos. (Era verdad: las monjas se habían olvidado de darme el desayuno, y olvidaron también el darme de comer, porque ese día comí bastante después del mediodía.)

Recibí por ello una buena reprimenda, como lo merecía, porque yo misma debía haber ido al refectorio, una vez que sonó la campanilla, pero me dio vergüenza, o, por mejor decir (ya ve hasta dónde llega mi malicia y mi respeto humano, Padre mío), como la Madre Superiora tenía costumbre de acompañarme en todo momento y donde quiera que fuese, y el día de la profesión las monjas que profesan se ponen al lado de la Superiora, yo al tener que quedar fuera y no poder estar a su lado, por soberbia, dejé de comer.

¡Más merecía, Dios mío!, pero Jesús me soportó todavía; en castigo, no obstante, no se dejó sentir por algunos días. Lloré mucho por esto, hasta que Jesús me mandó de nuevo al Ángel de la Guarda que me dijo: «¡ Feliz tú, hija, que mereces tan justo castigo!»... Nada entendí de tales palabras, pero noté que me producían gran consuelo.

¡Dios mío! He aquí un nuevo dolor: al día siguiente tenía que salir del convento para volver a casa; hubiera querido que ese momento no llegase jamás, pero por desgracia llegó. Eran las cinco de la tarde del 21 de mayo cuando salí; pedí llorando la bendición a la Madre Superiora, saludé a las monjas y abandoné el convento. ¡Dios mío! ¡Qué dolor!

Pero a este dolor seguiría pronto otro aún mayor. No sabía adaptarme ya a la vida de familia: mi mente y mi corazón andaban fijos en la idea de ser religiosa, y nada era capaz de apartarlos; para romper definitivamente con el mundo determiné meterme monja salesa. Así, todos los días iba al monasterio, y las monjas me prometieron que en el mes de junio, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, me darían el ingreso.

He de confesar, no obstante, que mi corazón no estaba satisfecho: la vida de salesa se me antojaba demasiado cómoda para mí. Jesús de cuando en cuando y varias veces repetía a mi corazón: «Hija, para ti es menester una regla más austera». Palabras a las que casi nunca daba oídos, siguiendo firme en mi propósito.

Entramos en el mes de junio, y noté que las monjas habían cambiado un poco; pero no me turbé; siempre que iba a ver a la Superiora, me respondían que no podía salir, y me mandaba ya a una, ya a otra; comenzaron a decirme que si no presentaba, por lo menos, cuatro certificados médicos, no me aceptarían. Traté de conseguirlos, pero en vano, los médicos no querían hacer nada, y las monjas me reiteraron que si los presentaba me aceptarían enseguida, de lo contrario todo sería inútil. Esta resolución no me turbó en absoluto, porque Jesús no cesaba de consolarme con gracias abundantes.

4. Unión de dolor con el Crucificado (1899-1900)

El día 8 de junio, después de la Comunión, Jesús me avisó de que por la tarde me haría una «gracia grandísima». Fui por la mañana a confesarme y se lo conté a Monseñor, quien me dijo que estuviera atenta y se lo contase luego todo.

Llegó la tarde: De repente, más pronto que de ordinario, me sentí presa de un dolor interno muy fuerte de mis pecados; tan fuerte como jamás lo he sentido; dolor que estuvo a punto de hacerme morir allí mismo. Después de esto me sentí recogida en todas las potencias del alma: el entendimiento no conocía más que mis pecados y la ofensa inferida a Dios; la memoria me los traía todos a la vista, representándome al mismo tiempo todos los tormentos que Jesús había sufrido para salvarme; la voluntad me los hacía detestar y prometer querer sufrirlo todo a fin de expiarlos. Multitud de pensamientos bullían en mi mente: pensamientos de dolor, de amor, de temor, de esperanza y de consuelo.

Al recogimiento interior sucedió bien pronto la pérdida de los sentidos, y me hallé en presencia de mi Mamá celestial[52]*, que tenía a su derecha al Ángel de mi Guarda, quien lo primero que me dijo fue que hiciera el acto de contrición. Una vez hecho, la Mamá me dijo estas palabras: «Hija, en nombre de Jesús, te sean perdonados todos tus pecados». Luego, añadió: «Mi hijo Jesús te ama mucho y quiere hacerte una gracia muy grande. ¿Sabrás tú hacerte digna de ella?». Mi miseria no sabía qué responder. Siguió diciendo: «Yo seré para ti madre, ¿sabrás tú mostrarte verdadera hija?». Extendió su manto y me cubrió con él.*

En ese instante apareció Jesús, con todas las llagas abiertas; pero de las llagas ya no salía sangre, salían llamas de fuego, que en un momento vinieron a cebarse en mis manos, pies y costado. Creí morir, y habría caído en tierra, si la Mamá celestial no me hubiera sostenido, teniéndome siempre cubierta con su manto. Por espacio de varias horas tuve que mantener esa postura. Después mi Mamá me besó en la frente, desapareció todo y me hallé de rodillas en tierra; pero seguía sintiendo un dolor fuerte en las manos, pies y costado.

Me levanté para meterme en la cama, mas noté que de aquellas partes que me dolían salía sangre. Las tapé lo mejor que pude, y luego, ayudada por el Ángel, pude acostarme en la cama. Y estos dolores y estas llagas, en vez de afligirme, me llenaban de una paz perfecta. Por la mañana, a duras penas pude ir a comulgar, y me puse unos guantes en las manos, para que nada se viera. No podía tenerme en pie; a cada momento me creía morir. Aquellos dolores me duraron hasta las tres del viernes, fiesta solemne del Sagrado Corazón de Jesús.

Lo primero que debí hacer fue contar esto al Confesor, pero, habiendo ido varias veces a confesarme, nunca le dije nada, y eso que varias veces él me lo preguntó; le decía siempre que no.

Transcurrió bastante tiempo, y todos los jueves, a eso de las ocho, sentía los acostumbrados dolores; pero antes se despertaba en mí un dolor tan intenso de mis pecados, que sólo él superaba al de las manos, pies, cabeza y corazón: este dolor me reducía a un estado de tristeza tal que me creía morir. Esta gracia grande que Dios me hizo no consiguió mejorarme; cada día cometía pecados sin cuento, desobediencias y falta de sinceridad con el Confesor, al que callaba siempre alguna cosa[53]*. El Ángel me avisaba muchas veces, diciendo que se iría y no se dejaría ver más, si yo seguía de ese modo; no obedecí y se fue, o por mejor decir, cesó de dejarse ver por cierto tiempo*[54]*.*

Durante este tiempo los deseos de hacerme monja iban aumentando; se los manifestaba al Confesor, quien casi siempre me daba palabras de consuelo; me desahogaba con Jesús, y una mañana, en que este deseo era más vivo que de ordinario, Jesús me dijo: «Hija, ¿qué temes? Esconde tu deseo en mi corazón, que de mi corazón nadie podrá

---

[52] La Virgen y el ángel preparan a Gema al momento del divino desposorio. Esta Preparación consistió en el perdón completo de los pecados que puso a Gema en un estado parecido al de la inocencia bautismal.

[53] Gema pasa en silencio cuanto sucedió entre su alma y Jesús en este momento supremo de su unión esponsal con Jesús. La entrega tuvo lugar en la Cruz. Gema quedó para siempre como la «esposa del Dios Crucificado».

[54] El sentimiento profundo de indignidad reviste en Gema la forma de una dolorosa impresión de culpabilidad.

arrancarlo». Jesús me habló de este modo, porque era tal mi pasión por ir al convento, para unirme por siempre a él, que temía pudiera arrebatármelo alguien. Jesús me consoló con esas palabras que yo muy pronto olvidé.

Jesús no dejaba nunca de hacerse sentir y dejarse ver, en especial cuando andaba afligida. Cierto día (lo quiero hacer notar de una manera especial), había sido, como bien lo merecía, reñida por un hermano mío, al salir para la iglesia. Además de la riña recibí algunos golpes, que bien merecidos tenía, pero no me quejé: mi Jesús quedó poco contento de ello y me riñó, diciéndome palabras que quiero referir: «Hija –me dijo–, ¿también tú contribuyes a aumentar las penas de mi corazón?

Te he elevado a la categoría de hija mía, te he honrado con el título de sierva, y tú, ¿cómo me correspondes? Hija soberbia, sierva infiel. ¡Mala!».

Estas palabras causaron tanto efecto en mi corazón que, aun cuando Jesús aumentó luego mis cruces, siempre me dio fuerza para darle gracias y no quejarme.

Cierto día Jesús me reprochó fuertemente con estas palabras, que más adelante conocí ser muy conformes a verdad, pero que entonces no entendí: «Hija –me dijo–, te quejas demasiado en la adversidad, andas demasiado perpleja en las tentaciones, eres demasiado tímida en el control de tus afectos; yo de ti no quiero más que amor: amor en la adversidad, amor en la oración, amor en las afrentas, amor en todo. Y dime, hija, ¿te atreverás a negarme una tan justa satisfacción y cosa de tan poca monta?». Me faltaron palabras para responder a Jesús; el corazón parece quería saltar del pecho por el dolor; pronuncié algunas palabras de las que bien me acuerdo: «Mi corazón, oh Jesús –le dije–, está dispuesto a todo, está pronto a reventar de dolor, si así lo queréis. ¡Dios mío!, y...»

A finales de junio habían empezado las misiones de San Martín. Preferí dejar de asistir a ellas, y frecuentar los sermones que se tenían sobre el Corazón de Jesús [en la Iglesia de la Visitación]; terminados éstos, comencé a ir todas las tardes a la predicación que se tenía en San Martín[55]*.*

Mi impresión al ver predicar a aquellos sacerdotes sería difícil de explicar. Fue muy grande, porque reconocí en ellos el hábito con el que había visto revestido al Cohermano Gabriel, la primera vez que lo vi. Les cobré un afecto especial, y desde ese día no perdí ya sermón alguno.

Nos hallábamos en el último día de las Santas Misiones. Todo el pueblo estaba reunido en la iglesia para la Comunión general; también yo, entre tantos, tomé parte en ella, y Jesús, al que se conoce le agradó esto, se hizo sentir a mi alma y me preguntó: «Gema, ¿te agrada el hábito con que está revestido ese sacerdote?» (y al mismo tiempo me señaló a un pasionista que estaba no lejos de mí). No era menester que le respondiera a Jesús con palabras: el corazón, mejor que nada, hablaba con sus latidos. «¿Te gustaría –añadió Jesús– verte revestida también tú del mismo hábito?». «¡Dios mío!» –exclamé–. «Sí –siguió diciendo Jesús–, tú serás una hija de mi Pasión, y una hija predilecta. Uno de estos hijos será tu Padre. Vete y manifiéstaselo todo...»[56]*. Y en el señalado por Jesús reconocí al Padre Ignacio.*

Obedecí, en efecto; la última tarde de las Misiones asistí, pero por más que lo procuré, no logré hablar de mis cosas; en lugar de hablar con el Padre Ignacio hablé con el Padre

---

[55] Se trataba de la Santa Misión predicada por los Pasionistas los días 25 de junio a 9 de julio de 1899. Gema se vio en la alternativa de dejar los actos piadosos del mes de junio o asistir a la Misión. Prefirió continuar hasta el fin del mes las devociones del Corazón de Jesús. En julio empezó a asistir a los actos de la Misión. Es la primera ocasión en que Gema vio a un pasionista.

[56] Gema descubre por llamada interior que su vocación no era de salesa sino de pasionista. Su destino era ser «hija de la Pasión». Un pasionista será su director definitivo. En esta Misión abre por primera vez los secretos más íntimos de su alma al P. Cayetano, pasionista.

Cayetano, al que se lo manifesté todo, haciéndome violencia, incluso las cosas que me habían sucedido en el tiempo al que me he venido refiriendo. Me escuchó con mucha paciencia, y me prometió que el lunes después de las Santas Misiones volvería a Luca y haría todo lo posible para confesarme. Quedamos en ello. Pasó una semana, y pude de nuevo confesarme con él varias veces.

Durante este tiempo y por su medio, conocí a una señora[57] *a la que desde entonces he profesado amor de madre, pues la he mirado siempre como a tal.*

La única razón por la cual había ido a confesarme con ese sacerdote fue ésta: el Confesor ordinario me había prohibido varias veces hacer los tres votos, de castidad, obediencia y pobreza, pues estando en el mundo no me sería posible observarlos. Yo seguía con vivo deseo de hacerlo. Me aproveché de esta ocasión, y eso fue lo primero que le pedí. Me permitió hacerlo del 5 de julio hasta la solemne fiesta del 8 de septiembre, para luego renovarlos. Esto me contentó mucho, y aun diría que ha sido una de mis mayores satisfacciones.

Con mucho trabajo para este sacerdote y gran vergüenza para mí se lo manifesté todo: le hablé de las gracias particulares que el Señor me había concedido, de las frecuentes visitas del Ángel de la Guarda, de la presencia de Jesús y de algunas penitencias, que sin permiso de nadie y guiada sólo de mi cabeza, hacía diariamente. Lo primero que hizo fue prohibírmelo todo, y hasta quiso recoger él mismo algunos de los instrumentos de que me servía. Por fin, este sacerdote me habló claro y me dijo que por sí mismo no podía dirigirme bien y que hablase de todo a mi Confesor.

Yo no quería condescender en esto, porque preveía una buena reprimenda, y el peligro de verme abandonada por Monseñor, por mi falta de sinceridad y confianza con él; no quería en modo alguno y nunca quise decirle el nombre del Confesor, afirmando que no lo conocía, y hasta no recuerdo bien si llegué a inventar un nombre falso[58].

Pero esta trampa no podía tardar en descubrirse, y se descubrió con gran vergüenza mía. El Padre Cayetano supo que mi Confesor era Monseñor [Volpi], pero no podía hablarle, si yo no le daba permiso; por fin, después de haberle hecho enfadar mucho, se lo di, y los dos se pusieron de acuerdo. Monseñor me dio permiso para que fuera a confesarme con ese sacerdote, y no me riñó como tenía bien merecido; entonces le hablé de los votos hechos, lo que también aprobó, y a los tres dichos me hizo añadir un cuarto: sinceridad con el propio Confesor. El Confesor me mandó también que permaneciera en soledad y no hablase a nadie de mis cosas, sino a él solo.

Entre tanto, los fenómenos del viernes seguían verificándose[59] *y Monseñor creyó oportuno hacerme visitar del médico sin que yo lo supiera; pero Jesús me avisó y me dijo: «Di al Confesor que en presencia del médico no haré nada de cuanto él desea».*

Por orden de Jesús se lo dije al Confesor; pero éste actuó a su voluntad y las cosas ocurrieron como Jesús había dicho, y como ya usted sabe[60].

---

57 Fueron los pasionistas los que la pusieron en contacto con la señora Cecilia Giannini. Pronto entraría de familia en la casa de esta piadosa señora.

58 Para Gema, lo mismo que para su contemporánea la M. Sorazu, era un tormento la apertura franca del alma al director, por eso se turba y no acierta a desenvolverse con soltura en estas perplejidades. De ahí sus ambigüedades de lenguaje.

59 La reproducción de los estigmas.

60 Gema alude a un episodio bien conocido ya por el P Germán, a quien escribe esta Autobiografía. Por iluminación interior supo Gema que Mons. Volpi tenía intención de someterla al examen del Dr. Pfanner, experto en casos de histeria, para que diera su dictamen acerca de los éxtasis y las llagas. El 8 de septiembre de 1899 –cuando aún no se dirigía con el P. Germán– Gema advierte al confesor que, si quería prueba de la verdad de sus fenómenos, el

Padre mío, desde ese día comenzó una nueva vida para mí[61] *y aquí tendría que decir muchas cosas, pero si Jesús quiere, se las diré a usted solo [en confesión].*

He ahí la primera y la más sonada humillación que me dio je. sús[62]*; sin embargo, mi gran soberbia y mi amor propio lo sintieron, y Jesús en su infinita caridad seguía colmándome de gracias y de favores. Un día me dijo amorosamente (por qué Jesús me dijo estas palabras, se lo diré a usted solo, pero ya acaso lo entienda por sí mismo): «Hija, ¿qué he de decir yo cuando tú en tus dudas, en tus aflicciones y en tus adversidades, de todos te acuerdas menos de mí? A todos recurres en busca de consuelo y de ayuda, sólo de mí te ocultas»*[63].

¿Ha oído, papá mío? Justo reproche de Jesús, que yo tenía bien merecido; a pesar de todo, yo seguí con la mía, y Jesús me riñó de nuevo, diciendo: «Gema, ¿crees tú que no me ofendes cuando en tus mayores aflicciones me pospones a objetos que no pueden reportarte consuelo? Sufro, hija –añadió–, cuando veo que te olvidas de mí». Este último reproche me bastó; fue suficiente para despegarme de toda criatura y entregarme enteramente a Jesús.

Por entonces me prohibió nuevamente el Confesor todo lo extraordinario del jueves y el viernes[64]*, y Jesús obedeció por algún tiempo, pero luego volví a lo acostumbrado, y aún más que antes. Ya no temí empero el decírselo todo [al Confesor], quien me dijo resueltamente que si Jesús no le hacía ver las cosas claras, no creería en semejantes fantasmagorías*[65]*. No perdí tiempo, el mismo día hice una oración especial a Jesús*

Señor se las daría, mas que no procurase la experiencia de la visita médica... Mons. Volpi desoyó el consejo de Gema y se presentó a las 14,00 en la casa Giannini. Gema estaba en éxtasis y la sangre manaba por las llagas. El Doctor tomó una jofaina de agua y pasó un trozo de algodón mojado sobre las llagas. Apenas limpió la sangre, la superficie apareció sin herida alguna. Para el Dr. Pfanner bastó el hecho para diagnosticar la histeria. Procedió adelante en su empeño y llevó a cabo un examen a fondo de la santa, incluso del corazón. El estado de salud era normal. En el éxtasis Gema fue consciente de lo que sucedía en torno a ella por una iluminación divina que no interrumpió el estado de arrobo. Cosa parecida sucedió cuando el famoso P. Gemelli quiso examinar los estigmas del P. Pío de Pietrelcina. También él, desde sus conocimientos médicos, dio juicio negativo sobre las llagas del capuchino. Una sintomatología muy afín puede llevar a diagnósticos falsos por la precipitada identificación de las causas. Epifenómenos de gran parecido pueden tener causas bien diferentes. En el caso de Gema y del Pío había un factor superior incontrolable para la ciencia: la acción mística de Dios. Incapaz de atinar con ese origen, el Dr. Pfanner lo atribuyó todo a histeria. Gema, de parte de Dios, había vertido a Mons. Volpi que, en el mismo orden del fenómeno místico de las llagas, le daría una prueba convincente de su verdadero origen. Suele tratarse de pruebas que tienen una fuerza de evidencia total para el que las recibe. A veces se trata de la revelación de algún secreto íntimo de la persona dudosa o cosas parecidas. Al haber recurrido el confesor al orden meramente humano de la verificación científica, se vio privado de la prueba que el Señor le ofrecía.

[61] **Verificar esta nota*Fue la serie de incomprensiones y distanciamientos que caracterizaron las relaciones entre Mons. Volpi y la santa a partir de este hecho, lo mismo efecto negativo que se siguió del experimento para no pocas personas relacionadas con Gema. La misma Sra. Cecilia acusó el golpe de aquel juicio negativo de personas autorizadas.

[62] Esta falsa interpretación de la ciencia para Gema tuvo la ventaja de las humillaciones. Todo posible peligro de vanagloria por los fenómenos del viernes se desvaneció para ella, y quedó únicamente la unión esponsal dolorosa entre Gema y o Dios Crucificado, verdadero esposo de sangre.

[63] Las dudas del confesor y del médico no dejaron de afectar a la propia Gema. De ahí sus inquietudes. Todavía no tenía un director que comprendiera en profundidad y la sacara de dudas sobre el origen verdadero de todos los fenómenos extraordinarios que vivía. Este director sería el P. Germán. Todo estaba preparado para que Gema encontrara al director que necesitaba.

[64] Persuadido Mons. Volpi de que era ella misma quien fingidamente se procuraba las llagas, le mandó cesar en aquellas peligrosas actuaciones. La intervención divina se sometió a las órdenes del confesor. Una vez cumplida la obediencia puesta por el confesor, la acción divina volvió a obrar en Gema dando a entender que es dueño soberano para proceder como le place, y volvieron los estigmas.

[65] Mons. Volpi procedía con buena voluntad. Por eso, en sus dudas e incertidumbres no repara en pedir la iluminación del Señor para ver claro en el asunto de las llagas de Gema. Esa certeza le llegaría por vía indirecta. Un hombre de Dios, dotado del carisma de discernimiento, sería el que le asegurara que todo lo de Gema era bueno y de origen sobrenatural.

Sacramentado a este fin, cuando he aquí que, como a menudo me sucedía, me sentí recoger interiormente y pronto quedé privada de los sentidos. Me encontré delante de Jesús, pero no estaba solo: tenía junto a sí a un hombre de cabellos blancos; por el hábito conocí que se trataba de un sacerdote pasionista; tenía las manos juntas y oraba, oraba fervorosamente. Lo miré, y Jesús pronunció estas palabras: «Hija, ¿lo conoces?». Respondí que no, como era verdad. «Mira –añadió–, ese sacerdote será tu director y será quien conocerá en ti, pobre criatura, la obra infinita de mi misericordia»[66]*.*

En lo sucedido ya no pensé más. Un día, por casualidad, vi un pequeño retrato: era precisamente el mismo sacerdote que había visto delante de Jesús; el retrato, empero, se le parecía bien poco. Fue entonces, Padre mío, cuando comenzó entre usted y yo la unión íntima de oraciones, desde el primer momento en que le vi así, en sueños, delante de Jesús. Quise desde entonces tenerle siempre conmigo, pero por más que lo deseara parecíame cosa imposible. Rogué y seguí rogando constantemente, muchas veces al día, y pasados varios meses Jesús me consoló, haciéndolo venir[67]*. De lo sucedido después ya nada diré, porque usted me conoce de sobra y lo sabe todo.*

N. N.

GEMA

---

[66] Era el P Germán. Nacido el 18 de enero de 1850 en Vico Equense, hizo la primera comunión a los 5 años. Entró pasionista emitiendo los votos el 7 de octubre de 1866. En 1870, a la caída de los Estados Pontificios, fue destinado a Bélgica, donde terminó los estudios. Fue ordenado sacerdote allí mismo el 3 de noviembre de 1872. En 1885 permaneció algún tiempo en Deusto, en la fundación española. Desde 1890 estuvo de residencia en Roma como postulador general. Fue él quien llevó el peso de la Causa de Gabriel de la Dolorosa, hasta su beatificación el 31 de mayo de 1908. Gema le vio en espíritu como su futuro director y el 29 de enero de 1900 le escribió la primera carta. Así comenzó la relación entre las dos santas almas.

[67] Inmediatamente después de la visión, Gema escribió al P. Germán la primera carta, el 29 de enero de 1900. A partir de aquel momento, los detalles de la vida de Gema nos son conocidos por el epistolario abundante que se cruzaron padre e hija. El sabio y santo P Germán se encontró con Gema a primeros de septiembre de 1900. Gema contaba 22 años. El P. Germán tenía 50. Entre ambos se inició una relación espiritual sin par. Durante tres años Gema vivió de la firme y paternal dirección del P Germán. A la muerte de Gema, el director escribiría su vida y la daría a conocer al mundo entero. Él inició la causa de canonización de la pequeña Gema. Murió el 10 de septiembre de 1909. En la actualidad los restos del gran pasionista reposan en la misma gran basílica de Gema en Luca, a donde fueron llevados en el 50.º aniversario de la muerte de la Santa (1953).

DIARIO ESPIRITUAL[68]
Del 16 de marzo al 3 de septiembre de 1900

16 de marzo

Jueves, 16 de marzo; volvía de confesarme y al acostarme, estando sola, la voz acostumbrada me dijo[69]*: «Si hubieras callado aquello a tu Confesor no hubiera vuelto más, y el Corazón de Jesús te habría reprendido severamente». Miré por todas partes, pero no vi a nadie.*

19 de marzo

Domingo, 19 de marzo; mientras leía, acompañada de la tía, la misma voz dijo: «Gema, esta tarde, cuando hagas el examen de conciencia, reflexiona bien, porque hoy has vuelto a ofender a Jesús». Como siempre, no vi a nadie.

22 de marzo

Miércoles, 22 de marzo; por la mañana estaba rezando el «rosario del Corazón de Jesús»; y en el segundo misterio la voz acostumbrada[70] *me dijo: «¡ Oh, Gema, qué preciosa fue para mí aquella Cruz! Esta misma Cruz es el regalo que Jesús prepara a las almas que a él se consagran». Seguí rezando la «Coronilla», y deseaba llegase la noche: presentía que iba a venir la acostumbrada visita*[71]*; llegó, me puso la mano sobre la frente y me dijo: «Mira, Gema, a la Beata Margarita le disgusta mucho el que pierdas tanto tiempo inútilmente, divagando o divirtiéndote, y perdiendo así todo el día, sin apenas acordarte de estar con Jesús: ¿no te gustaría retirarte a una habitación, para entretenerte con el Corazón de Jesús, desahogándote con él, diciéndole lo que deseas, recordándole?...»*[72]*.*

Aquí le interrumpí y le dije: «Le estoy diciendo continuamente a Jesús que no tengo más que un deseo, que haga llegar pronto el día en que pueda entrar en un convento, porque es un deseo tan fuerte el que siento, que hasta me da miedo haya alguien que me lo pueda quitar». Entonces siguió la voz: «Confía tu deseo al Corazón de Jesús, que de él nadie lo podrá arrancar. Pero, ¿no tienes otros deseos?». «No» –respondí–. «¿No tienes siquiera el deseo de padecer por Jesús? ¡Pobre Jesús! ¡ Ha sufrido tanto por ti!... ¿Rehusarás tú acaso sufrir por él, por su amor?». No, contesté. «Gema, pide, pide a Jesús este deseo, y ya verás cómo Jesús lo enciende tan bien en tu corazón, que no querrás otra cosa que padecer y padecer mucho. ¿Se lo pedirás a Jesús, verdad?»[73]*. «Oh, sí, se lo pido de muy buena gana –le dije–, pero ¿qué he de hacer para sufrir, pues de todo me lamento? Por mí no puedo hacer nada». «Ya sé que tú no sabes hacer más que una cosa: ofender a Dios, pero si recurres a la*

---

[68] Estas notas de diario comienzan poco después de su milagrosa curación (3 de marzo de 1899). Las compuso por orden del confesor, en forma un poco desordenada en un principio. Escribía en papeles sueltos que llevan cada día su respectiva firma en abreviatura (G. G.). A partir del 19 de julio empezó a llevar un orden más metódico, en cuaderno aparte, como se dirá en su lugar.

Advierta el lector que todo cuanto se detalla en este diario es contemporáneo a la Autobiografía. Por eso, en cada caso, debe situar en su contexto cronológico los episodios.

[69] Es la voz no humana, que unas veces se refiere al ángel de la guarda, otras a San Gabriel de la Dolorosa.

[70] La voz es la de San Gabriel. Gema la describe en otro lugar, de la siguiente forma: «La voz era siempre muy bajita (digo la voz, pero la voz no la oí nunca, sólo oía articular palabras) y siempre al oído izquierdo».

[71] La de San Gabriel. La conoce por las veces que vino en la enfermedad grave de 1898-1899.

[72] Gabriel inicia su actividad de misterioso consejero espiritual que enseñará a Gema a interiorizar su vida.

[73] Las palabras de San Gabriel tuvieron una gran influencia en la evolución interior de Gema. Es el momento en que opta por el deseo de sufrir que la llevará a la cima de la transformación en Cristo por la participación esponsal en sus dolores.

Beata Margarita[74]*, no tienes por qué temer; ella te ayudará para que puedas hacer lo que quiere el Corazón de Jesús». «Pues entonces, no me asusto». «Piensa siempre en el Corazón de Jesús, vive en ese mismo Corazón, y no te olvides de las atroces penas que Jesús ha sufrido para salvarte». No oí más; me quitó la mano de la frente, y al final sentí como agitar un rosario. Estaba despierta.*

G. G.

23 de marzo

Esta mañana, 23 de marzo, me levanté y recibí la Comunión. A la vuelta, la misma voz[75] *me dijo: «Gema, ¡ánimo!, te espero en el Calvario: ése es el Monte hacia donde te encaminarás».*

G. G.

25 de marzo

Esta mañana, 25 de marzo, poco antes de levantarme, la misma voz[76] *me dijo: «Gema, alégrate, el Corazón de Jesús te quiere toda para sí, y tú debes procurar ser toda suya. Déjale hacer de ti lo que él quiera. Sé siempre obediente, sencilla y sumisa, sobre todo a tus superiores, que el Corazón de Jesús sabrá hallar el modo de hacerles conocer lo que quiere de ti; te suplico que no resistas a su voluntad».*

Me levanté y fui a comulgar. Apenas recibí a Jesús (le había dicho lo que usted[77] *me tiene enseñado), sentí una voz interior que me dijo*[78]*: «Ven, hijita, ven, que te abrace, hace tanto tiempo que te esperaba... he tenido tanta paciencia, he sufrido tanto por ti..., pero no importa, todo lo olvido. Has vuelto, y basta. ¡Qué contento estoy!... Finalmente vuelvo a poseerte pero ahora para ser ya dueño absoluto de tu corazón. Quiero hacer de él lo que me agrade, no me resistas, como has hecho otras veces, porque te tendrás que arrepentir. Eres mía, quiero que renuncies enteramente al amor de ti misma y de las criaturas. Sólo yo quiero ser el dueño de tu corazón y de sus afectos. Quiero tu corazón, ¿sabes?, lo he querido siempre, lo de deseado, ¿pero tú? Mas, te perdono, porque no me conocías. ¿Te atreverás a resistirme ahora, después de este favor que has recibido?». Le respondí: «No, no, Jesús mío, no me resisto más, haced de mí lo que queráis». «¡Bien, muy bien!, eso es lo que yo quería. Ea, pues, deja que te abrace, para no dejarte jamás. No temas, estás en mis brazos, y nadie podrá arrancarte de ellos».*

G. G.

¿27 de marzo?

El lunes[79]*, apenas acabé de hacer la penitencia (la hice en casa), me sentí estremecida por estas palabras*[80]*: «Mira a qué estado habías reducido a Jesús con tus pecados». Levanté*

---

[74] San Gabriel aparece en estrecha amistad con Santa Margarita María Alacoque. Ambos santos serían canonizados el mismo día, el 13 de mayo de 1920.

[75] San Gabriel termina la instrucción del día anterior. Su programa de amor al sufrimiento tiene como meta el Calvario. Allá le espera Gabriel.

[76] La de San Gabriel.

[77] Mons. Volpi.

[78] La de Jesús. En este significativo día de la Encarnación, Jesús revela a Gema su amor singular y la prepara a las posteriores efusiones de su corazón que empezarán desde el próximo viernes santo.

[79] Probablemente el lunes santo.

[80] No se sabe si la voz es del ángel o de San Gabriel.

los ojos, y me pareció ver (le digo a usted estas cosas de mi cabeza[81] *tan sólo por obedecer, pero apenas las lea, quémelas enseguida) a Jesús Crucificado, todo sangrante y cubierto de llagas (no pude resistir esta vista, y lloré toda la noche). La misma voz dijo: «¿Qué mal te hacía Jesús? ¿Por qué lo tratabas así? Mira estas llagas que habías abierto con tus pecados. ¡Pobre Jesús! ¡Cuánta sangre ha derramado para ganar tu alma! ¡Cuánto ha padecido para ganar tu amor!, ¿y tú?».*

No oí más, no pude cesar de llorar y permanecí en pie toda la noche. Tuve muchos deseos de asistir a las funciones de Semana Santa, pero no quisieron llevarme, y de primera intención pensé ofrecer un sacrificio a Jesús (fue menester que me hiciera mucha violencia). El viernes[82] *me disgustó tanto el no poder asistir a las tres horas de agonía, que no pude menos de llorar; por la noche, acababa de hacer la hora acostumbrada a Jesús y me pareció oír la misma voz que me decía: «Mira, todas las llagas que habías abierto a Jesús con tus pecados, las has cerrado con tu dolor». Levanté los ojos como de costumbre, y vi, como la otra vez, a Jesús con la cruz a cuestas, pero sin llagas ni sangre.*

Por caridad, apenas lea esto, queme enseguida este papel.

Un día que conversaba con alguien de casa (hacía ya tiempo que Jesús me venía diciendo dejase esa compañía), la voz de siempre me dijo: «Cuanto más te entretienes con los tuyos, tanto más Jesús y sus Ángeles se alejan de ti».

Otro día (jueves) me encontraba muy afligida y le decía a Je-s que quería amarle mucho, y la acostumbrada voz me dijo: ú eres una de esas almas que aman a Jesús, mientras Jesús les consuelos, pero cuando llega la adversidad, bien pronto le andonan! Una cosa necesitas: arrancar de tu corazón el amor pio, porque impides que Jesús habite en él. Véncete a ti mis, y sé cada día más fuerte».

G. G.

(sin fecha)

El martes, hallándome delante de una imagen del Corazón de esús, dije: «¡Oh, Jesús mío, quisiera amaron mucho, pero no sé cerio!». Oí la misma voz: «¿Quieres amar continuamente a Je-s? No ceses un momento de sufrir por él. La Cruz es el trono de los verdaderos amantes de Jesús. La Cruz es en esta vida el patrimonio de los elegidos».

(sin fecha)

Ayer tarde[83]*, acabada la Hora Santa, sentí la mano de siempre que me acariciaba la frente y la misma voz que me decía: ¿Quieres decirme qué es lo que temes, para negar de esa manera la oblación de tu corazón a Jesús? ¿No es acaso Jesús mismo quien lo quiere? Ea, pues, ánimo, olvídalo todo, y abandónate a él sin reserva. Ama mucho a Jesús, no opongas obstáculo alguno a sus designios, y ya verás cuánto camino te hace andar en poco tiempo, sin que te des cuenta. No temas nada, porque el Corazón de Jesús es el trono de la misericordia, donde los miserables son los mejor acogidos, con tal que sea el amor quien les levante del abismo de sus miserias. No olvides que Jesús quiere tu amor, pero amor puro, y el amor puro exige todo o nada. Tu corazón es tan pequeño, que no podría contener dos amores, y estando hecho para el amor divino, no encontrará paz mientras se cobije en él cualquier otro amor».*

---

[81] Fenómenos extáticos.

[82] Es el viernes santo tan señalado, del cual habla más abundantemente, en mirada retrospectiva, en la Autobiografía (p.40).

[83] Jueves después del martes del Diario precedente.

Después de la Hora Santa[84]*, Jesús me dio a conocer cuánto tendría que sufrir en el transcurso de mi vida; me dijo que pronto pondría a prueba mi virtud, para ver si le amo y si el ofrecimiento de mi corazón ha sido verdadero. Me ha dicho que lo conocerá cuando mi corazón me parezca una piedra; cuando esté tentada, afligida y llena de aridez; cuando todos mis sentidos se rebelen, y parezcan bestias hambrientas: «Te verás inclinada constantemente al mal; los placeres de la tierra ocuparán tu mente; la memoria te recordará lo que no querrías; tendrás siempre delante todo lo que es contrario a Dios; lo que es de Dios, no lo sentirás; dejaré tu corazón sin ningún consuelo. Con mi licencia, los demonios harán continuos esfuerzos para derribar tu alma; llenarán tu mente de malos pensamientos, de odio a la oración; terrores y temores te harán perpetua compañía, y jamás te abandonarán. No te faltarán ultrajes e injurias, nadie te creerá. De nadie recibirás consuelo, ni siquiera de tus superiores; todos te mortificarán, y te hallarás en continua confusión; lo que más te afligirá: el cielo se hará de bronce. Jesús se te mostrará siempre severo, irás a hacer oración y te parecerá más bien que te rehuirá y se aleja de ti; tratarás de recogerte, y te distraerás; llamarás a María Santísima y a los Santos, pero nadie tendrá piedad de ti; te creerás completamente abandonada; cuando vayas a recibir a Jesús o a confesarte, no sentirás nada y todo te causará tedio; practicarás tus devociones, pero todo como por necesidad, sin recogimiento, y pareciéndote que pierdes el tiempo; a pesar de todo, creerás, pero como si no creyeras; esperarás, pero como si no esperaras; amarás a Jesús, pero como si no amaras, porque en ese tiempo jamás se te hará sentir. Para colmo, la vida misma te causará fastidio; tendrás miedo a la muerte y te faltará hasta el desahogo de derramar lágrimas».*

Al terminar la Hora Santa, Jesús me dijo que quiere tratarme de la misma manera que le trató a él su Padre Celestial..

Yo me he puesto a llorar, pensando en todas estas cosas de las que nada entiendo; pero el Ángel de mi Guarda me ha dicho que tenga ánimo, que después de la tempestad vendrá la calma; que es necesario que mi alma sufra mucho; no conozco ahora su gran precio, pero un día lo conoceré. «Por ahora te baste con saber que está cercano el tiempo de la prueba, y procura aprovecharte de él. Si el cáliz es amargo, recuerda que Jesús lo apuró hasta laúltima gota; abraza con resignación los padecimientos, y alégrate y da gracias a Jesús, que sólo por amor te da su cruz».

G. G.

19 de julio[85]

19 de julio: Esta tarde, finalmente, después de seis días de padecimientos por la ausencia de Jesús, me he recogido un poquito. Me he puesto a orar, como acostumbro cada jueves; hubiera querido estar de rodillas, pero la obediencia quería que estuviera en la cama, y así lo hice; me puse a pensar en la crucifixión de Jesús. Al principio no sentía nada, pasados unos minutos comencé a sentir un poco de recogimiento: Jesús estaba cerca. Al recogerme me sucedió lo que otras veces: se me fue la cabeza[86]*, y me hallé con Jesús, que sufría penas horrorosas.*

¿Cómo ver sufrir a Jesús y no ayudarle? Sentí entonces gran deseo de padecer, y pedí a Jesús que me concediese esta gracia. Me contentó enseguida, y sucedió como había

[84] Probablemente es el jueves 8 de junio de 1899 cuando tuvo la primera estigmatización.

[85] Empieza el cuaderno nuevo en que apunta en forma seguida los sucesos del día, por mandato de su confesor.

[86] En éxtasis.

sucedido otras veces: se me acercó, se quitó de su cabeza la corona de espinas y la puso sobre la mía, dejándome luego en paz. Veía que yo le miraba muy silenciosa, y comprendí enseguida el pensamiento que se me vino a la mente; pensé: Acaso Jesús ya no me quiere, porque acostumbraba Jesús, cuando quiere darme a entender que me ama, a encajarme bien la corona sobre la cabeza o bien en torno a la misma. Jesús lo entendió, y con sus manos me la aplicó bien a las sienes[87]*. Son momentos dolorosos, pero al mismo tiempo felices. Pasé una hora sufriendo con Jesús. Hubiera querido estar así toda la noche, pero como Jesús ama tanto la obediencia, se sometió él mismo a obedecer al Confesor, y pasada una hora me dejó: quiero decir que ya no se dejó ver más de mí, pero aconteció una cosa que nunca había sucedido. Acostumbra Jesús, cada vez que me pone la corona en la cabeza, a quitármela y ponérsela otra vez en la suya, al dejarme: ayer, en cambio, me la dejó hasta cerca de las cuatro*[88]*.*

A decir verdad, sufrí un poquito, sin embargo, sólo una vez llegué a quejarme. Jesús me perdonará si alguna vez me quejo, pues es sin querer. El más ligero movimiento me causaba luego vivísimo dolor: mas era todo pura fantasía[89]*.*

Viernes, 20 de julio

Ayer[90]*, a las cuatro poco más o menos, me vino un gran deseo de unirme a Jesús; lo intenté y enseguida me sentí unida a él. A decir verdad sentía no poca repugnancia, porque me hallaba muy cansada y sin fuerzas; de nuevo me vi en presencia de Jesús. Se colocó junto a mí, pero no estaba triste como por la noche, estaba un poco más alegre; me acarició un poquito, me quitó muy contento la corona de la cabeza (algo sufrí también entonces, pero menos) y se la volvió a poner sobre la suya, dejando yo de sufrir; recobré enseguida las fuerzas, y me hallaba mejor que antes de sufrir.*

Jesús me preguntó luego varias cosas; yo también le dije que no me mandase más ir a confesar con el Padre Vallini, que no me gusta; Jesús entonces se puso serio y un poco disgustado me dijo que, apenas tuviese necesidad, fuese enseguida a confesar con él. Se lo prometí y voy de buen grado.

Tenía muchas cosas que decir a Jesús, pero comencé a notar que iba ausentándose poco a poco; me prometió que bueno, a la oración de la tarde, volvería otra vez; entonces estaba aún más contento; me abrió su corazón, en el que vi escritas dos palabras que no entendía. Le pedí me las explicase, y Jesús me respondió: «Te quiero mucho, porque te semejas mucho a mí». «¿En qué cosa, oh Jesús –le dije–, pues yo me veo tan desemejante a ti?». «En ser humillada», me respondió.

Entonces lo comprendí todo, recordé mi vida pasada. Uno de mis mayores defectos ha sido siempre la soberbia. Cuando era pequeña, dondequiera que iba, se oía decir que era soberbia. Mas Jesús, ¡de qué medios se ha valido para humillarme, en especial este año! Al fin he comprendido lo que de verdad soy. Gracias sean dadas siempre a Jesús.

Me dijo luego mi Dios que con el tiempo él me haría santa[91]*, mas de esto no digo nada, porque es imposible que se verifique en mí lo que él dijo.*

Me dio algunos avisos para el Confesor y me bendijo. Entendí, como siempre, que se iba a alejar por algunos días. ¡Pero qué bueno es Jesús! Apenas se fue él, me dejó al Ángel de

---

[87] Participación en el dolor de la coronación de espinas.

[88] Del día siguiente.

[89] Experiencia supranormal.

[90] La santa escribe el sábado su diario. *Ayer* es, pues, viernes.

[91] Predicción de Jesús, históricamente cumplida perfectamente en la vida de Gema.

la Guarda, que con su constante caridad, vigilancia y paciencia, me asiste.

¡Oh, Jesús! Te he prometido obedecer siempre, y de nuevo lo prometo. Ya sea obra de mi fantasía, ya cosa del diablo, en todo caso quiero obedecer siempre.

Sábado, 21 de julio

Hoy, sábado, 21 de julio, creí no poder recogerme en absoluto. Pero apenas he podido estar sola, me puse a rezar el rosario de los Dolores; no sé a qué punto sentí que se me iba la cabeza. Mi queridísima Mamá la Virgen de los Dolores ha querido hacerme una visita (no me acordaba que es sábado, y los sábados suele dejarse ver).

Estaba afligida: no sé, pero me parecía que lloraba. La llamé muchas veces con el dulce nombre de mamá: no me respondía, pero cuando oía decir mamá, sonreía; se lo repetí cuantas veces pude, y ella siempre se reía. Por fin, me dijo: «Gema, ¿quieres venir a descansar un poco sobre mi pecho?». Hice ademán de levantarme, arrodillarme y acercarme a ella; también ella se levantó, me besó en la frente y desapareció enseguida.

De nuevo me encuentro sola, segura empero del amor de mi Mamá, aunque esté muy ofendida. Después de todo esto, me siento, es cierto, muy afligida, pero también muy resignada.

Esta tarde, como había prometido a Jesús, he ido a confesarme con el Padre Vallini. Pero, apenas me retiré del confesionario, me he sentido muy agitada e inquieta: prueba inequívoca de que por medio andaba el diablo.

¡Así era, por desgracia! Bien lo entendí más tarde, al ponerme a hacer mis oraciones. Ya estaba, como he dicho, tanto exterior como interiormente hecha una tempestad; hubiera querido meterme en cama o adormecerme antes que rezar; pero no lo hice, quise probar. Comencé a decir las tres invocaciones que acostumbro cada tarde al Sagrado Corazón de María; apenas me puse de rodillas, el enemigo, que hacía un rato que estaba escondido, se dejó ver en figura de un hombre muy pequeño, pero tan feo, que me horrorizó.

Mi mente estaba fija en Jesús, sin hacer ningún caso de él. Seguía rezando, cuando, de repente, sentí caer golpe tras golpe sobre mis espaldas: me dio muchos. Esta tempestad duraría una media hora. Me he dado cuenta de que la cosa que más le disgusta es el recogimiento que Jesús me hace sentir a menudo. Me encomendaba a Jesús, pero ¡inútil! Entre tanto, se acercaba la hora en que debía obedecer, o sea, irme a la cama; ir de ese modo me disgustaba: no había hecho aún el examen de conciencia. Rogué a mi Ángel de la Guarda, quien me ayudó de una manera en verdad curiosa.

Apenas se me presentó, le rogué que no me dejara sola. Me preguntó qué tenía; le mostré al diablo, que se había alejado mucho, pero siempre amenazándome. Le rogué que pasase conmigo toda la noche, y él me decía: «Pero yo tengo sueño». «No –le replicaba yo–, los Ángeles de Jesucristo no duermen». «Y sin embargo –añadía él– tengo que dormir (noté que quería reír)[92]*, ¿dónde me haces descansar?». Yo le hubiera dicho que se metiera en la cama, y yo seguiría rezando; pero entonces habría desobedecido. Le dije que estuviera cerca de mí, y él me lo prometió.*

Me fui a la cama y luego me pareció que él extendía sus alas y se ponía a mi cabecera. Me dormí, y esta mañana le vi en el mismo sitio de ayer tarde. Allí le dejé; al volver de Misa ya no estaba.

Domingo, 22 de julio

---

92 El ángel adopta su lenguaje presentándose como un ser humano sometido a la ley del sueño.

Recibí la Sagrada Comunión, pero Jesús no se me ha hecho sentir en absoluto; ahora, empero, me encuentro bastante tranquila.

Y hoy, que creía hallarme totalmente libre de esa maldita bestia, me he visto, sin embargo, muy maltratada. Me fui con intención de dormir, pero sucedió muy al revés: comenzó a darme tales golpes, que temí morir. Se presentó como un perro muy grande y negro, que me ponía las patas sobre las espaldas; me ha hecho mucho daño, pues me ha dejado resentidos todos los huesos. Hay veces que temo no me los vaya a romper; una vez, ya hace tiempo, al tomar agua bendita, me dio un golpe tan fuerte en el brazo, que caí a tierra del dolor, y llegó hasta desencajar el hueso; pero volvió a su lugar muy pronto, apenas lo tocó Jesús, y en eso terminó todo.

Pasado un tiempo me acordé de que llevaba al cuello la reliquia de la Santa Cruz[93], *pude santiguarme con ella, y recobré la paz. Me puse a dar gracias a Jesús, que se dejó ver pero muy poco: me animó a sufrir y a luchar, y se retiró. Desde entonces, no he podido volverme a recoger, bendito sea Dios en todo.*

Tengo que decir, sin embargo, algunos avisos que me dio el Ángel ayer en el transcurso del día. El primero fue a la hora de comer; se me acercó. He de decir también que en ese momento se me había ocurrido un pensamiento... Se comprende que él lo entendió, y me dijo: «Hijita, ¿quieres de verdad que me vaya y no vuelva más a verte?». Me avergoncé, y entré dentro de mí misma. Estas palabras las pronunció muy alto y no sé si las habrán oído también los otros.

Otra vez, fue ayer; mientras estaba en la iglesia, se me acercó y me dijo: «La majestad de Jesús y el lugar en que estás piden otro modo de obrar». En ese momento había levantado los ojos para mirar a dos niñas y ver cómo iban vestidas.

La última, esta noche: estaba en la cama, de modo menos modesto; me ha reñido, diciéndome que en vez de adelantar y aprovechar sus enseñanzas me hago cada vez peor y aflojo a cada paso en el bien.

Todas estas cosas me suceden estando despierta[94]*.*

A lo que me parece, en vez de ser buena y prepararme para recibir la visita de la Madre Dolorosa y del Cohermano Gabriel, por más que haga, no lo voy a conseguir.

Lunes, 23 de julio

Jesús me ha demostrado hoy nuevamente que sigue queriéndome, no al modo de antes, uniéndome con él o recogiéndome, sino de otra forma. Me fui a la cama, me dormí bien y después de un cuarto de hora o así (mis sueños son siempre breves), vi a los pies de la cama, en el suelo, al acostumbrado hombrecillo muy negro y pequeño, pequeño. Comprendí quién era y pronto lo sentí; le dije: «Pero, ¿qué vienes ahora con esta historia de no dejarme ni siquiera dormir?». «¡Cómo! ¿Dormir? –replicó–, ¿por qué no rezas?».

«Ya rezaré más tarde –le dije–, ahora voy a dormir». «Hace dos días que no puedes recogerte; bien, deja, que ya pensaré yo». Comenzó a propinarme algunos golpes; tomé entonces el crucifijo en la mano, pero todo fue inútil. Estaba a punto de arrojarse sobre mí y azotarme a mansalva. No sé qué sucedió; le vi montar en cólera y revolcarse por el suelo.

Yo me reía: hoy me parecía no tener miedo; me dijo: «Hoy no te puedo hacer nada, pero otro día me las pagarás». Le pregunté: «Pero, ¿por qué no puedes? Si otras veces has

---

93 Se trataba de una pequeña teca metálica con un diminuto fragmento de la Santa Cruz. Se la habían proporcionado para librarla de los accesos diabólicos.

94 En un estado de percepción normal, fuera del éxtasis que la enajenaba del uso normal de los sentidos.

podido, también podrás hoy: yo soy la misma, sólo que llevo a Jesús[95] *al cuello».*

Entonces me dijo: «Ésa...[96] *la que está en esta habitación, ¿que te ha hecho? Quítate de encima esa cosa*[97]*, y luego verás».*

Insistía en que no tenía nada, porque dormía[98]*, pero entendía muy bien a qué se refería. Después de estos dichos quedé tranquila en la cama y me reía, viendo los revolcones que daba y la rabia que le devoraba.*

Me decía que, como siguiese rezando, me las haría pasar peores. «No me importa –decía yo–. Sufriré por Jesús».

En fin, que hoy me he divertido mucho: lo veía tan rabioso..., pero me dijo que ya se las pagaría todas juntas.

Esperó a esta tarde, pero gracias a Dios no ha durado tanto como era de temer: me ha dado tres buenas tundas, que casi me impidieron ir a la cama: me costó trabajo.

Hay veces que echa a correr y se aleja con tanto estruendo que no sé qué tiene. Quedé que apenas podía moverme.

¡Cuánto invoqué a Jesús! Pero inútil, no se presentó; rogué al ngel de mi Guarda que me llevase a Jesús, pero también resultó inútil. Se entretuvo un poco conmigo y me dijo: «Esta tarde Jesús no vendrá ni siquiera a bendecirte, y yo tampoco te bendigo».

Me asusté al oírlo, porque si Jesús no me bendecía no podría hacer nada, pues no tenía hueso sano. Notó que estaba a punto de echarme a llorar y dijo: «Calla, que Jesús ya te enviará alguien. Y si supieras quién es el que vendrá a visitarte esta tarde, ¡qué contenta te pondrías!».

Mi imaginación voló enseguida al Cohermano Gabriel. Se lo pregunté, pero no quiso responderme, me hizo pasar unos momentos de sobresalto y curiosidad. Al fin me dijo: «Si Jesús mandase de verdad al Cohermano Gabriel para bendecirte, ¿tú qué harías? No le hables, que si no, desobedeces al Confesor». «No, no le hablaré –le respondí impaciente–; pero ¿cómo puede bendecirme el Cohermano Gabriel?». «Es Jesús quien lo manda, y ya lo ha mandado otras veces a bendecirte. ¿Lograrás estar callada y obedecer?». «Sí, sí, obedeceré; dile que venga».

Pasados unos minutos, vino. ¡Qué manía me tomó entonces!, hubiera querido... pero fui buena y me contuve. Me bendijo con ciertas palabras latinas, que se me han quedado bien grabadas en la mente, y se dispuso para marchar enseguida.

Entonces no pude por menos de decir: «Cohermano Gabriel, ruega a nuestra Mamá que te mande conmigo el sábado, y te deje estar mucho tiempo». Se volvió y me dijo riendo: «Sé buena», y al decirlo se quitó un cinturón y me dijo: «¿Lo quieres?». Entonces fue quererlo de verdad: «Me hace mucho bien, dámelo ahora». Me dio a entender que no, que el sábado me lo daría, y me dejó.

Me dijo que ese cinto era el que la noche antes me había librado del diablo.

Martes, 24 de julio

Ayer sucedió como de costumbre: me fui a dormir, me dormí de hecho, pero el demonio parece que no quería. Se me hizo ver de una manera soez, me tentaba, y muy fuerte. Me encomendaba interiormente a Jesús y le pedía que me quitase la vida antes que

---

[95] La reliquia de su cruz.

[96] La señora Cecilia Giannini.

[97] El cinturón de cuero que había sido utilizado por San Gabriel.

[98] El cinturón le había sido aplicado estando ella en éxtasis, y no sabía a qué objeto aludía el demonio.

ofenderle.

¡ Qué tentaciones tan horrorosas son ésas! Todas me disgustan, pero las que van contra la santa pureza, ¡cuánto me ofenden!

Después de un rato vino el Ángel de la Guarda para poner paz, y me aseguró que no había hecho nada malo. Me quejo con él a veces, porque hay momentos en que yo quisiera que me viniera a ayudar, pero él me dice que, lo vea o no, siempre está a mi lado: ayer mismo, porque la Virgen Dolorosa me ayudó de verdad, y me mostré firme, prometió que por la tarde vendría Jesús a verme.

Llegada la noche, esperaba con impaciencia el momento de acostarme; tomé el Crucifijo y me metí en el lecho. También al Ángel le agradó aquello, porque...[99]*. Presentí que iba a recogerme, vino mi Jesús, pero estaba bastante separado de mí. ¡Qué momentos tan dichosos!*

Le pregunté enseguida si me amaba siempre, y me respondió: «Hija mía, te he enriquecido con tantos bienes, sin mérito alguno tuyo, ¿y me preguntas si te amo? Temo mucho por ti». «¿Por qué?», le dije. «Ah, hija mía; en los días en que gozabas de mi presencia, eras toda fervor, nada te costaba el rezar; ahora, en cambio, la oración te causa tedio, y una cierta negligencia en el cumplimiento de tus deberes comienza a insinuarse en tu corazón. Hija, ¿por qué te deprimes así? Dime, ¿te parecía en los días pasados la oración tan larga como ahora? Haces algo de penitencia, pero ¡cuánto tardas en resolverte!».

No sé lo que hice al oír este reproche; quedé muda. Luego seguí hablándole del convento; en esto me consoló bastante. Le dije que si me amaba de verdad, me concediera la gracia de entrar en un convento; insistí de nuevo en que me dijese algo acerca del convento que había de fundarse, y me respondió: «Pronto se verán cumplidas las palabras del Cohermano Gabriel»[100]. «¿Todas, todas?», le pregunté como fuera de mí. «Todas, no temas, y muy pronto. Cuando vuelva el Confesor, te diré las cosas más claramente».

Por último, le recomendé mi «pobre pecador». Me bendijo, y al irse, añadió: «No olvides que te he criado para el cielo: no tienes nada que hacer en la tierra».

Miércoles, 25 de julio

¿Y de hoy, qué diré? No encuentro paz; la soberbia me domina más que otros días. Para hacer un pequeño acto de humildad, tengo que sufrir mucho.

25 de julio:

De lo que me sucedió ayer[101] *hablaré bien poco: tengo una lengua muy larga y por ello sufren otros por culpa mía. El confesor me ha impuesto por obediencia que hable poco, y nunca con personas que sepan mis cosas. Hace unos días vino el P. Norberto y escapé enseguida; vino otra vez e hice lo mismo; a decir verdad, estaba dispuesta a obedecer, pero, ¿qué sucedió luego? Pasados unos días tuve ocasión de hablar de esto con otro fraile, e inventé una hermosa mentira, diciéndole que había sido la señora Cecilia la que me había mandado ocultarme, y no fue así: había salido de mí.*

No sé cómo vino a saberlo el susodicho Padre Norberto, y vino enseguida a contárselo a la señora Cecilia, la cual se molestó bastante; no menos disgusto me causó a mí. Ella me preguntó si de verdad no se lo había dicho a nadie; le respondí que no, pues no me acordaba de nada; pero no faltó quien me lo recordase todo; vino el Ángel de la Guarda y me comenzó

---

[99] Porque cumplía con la obediencia que se le había impuesto al respecto.

[100] Alusivas al ingreso de Gema en las Pasionistas.

[101] El diario está escrito el 26, con fecha del día anterior, por eso «ayer» es todavía el 25.

a reñir diciendo: «Pero, ¡cómo, Gema! ¿También mentiras? ¿No te acuerdas cómo días atrás en castigo de haber contado las cosas al Hermano Fabián, te hice estar media hora...?».

Entonces me acordé de todo (he de decir que el Ángel de la Guarda me castiga siempre que hago alguna cosa mal: no pasa noche que no le tenga), y él me mandó que se lo fuese a contar todo a la señora Cecilia y le pidiera perdón en nombre suyo.

Prometí hacerlo, ¡pero sí! Pasó todo el día, llegó la noche, y yo sin hacer ese pequeño acto de humildad. Volvió a avisarme el Ángel, diciéndome que si no se lo decía todo a la tía, durante la noche llegaría el diablo.

Al oír esta amenaza no pude resistir más y me fui a su habitación. Estaba en la cama, y la luz apagada; no me parecía verdad: así no sería vista. Del mejor modo que me fue posible se lo dije todo, pero con gran esfuerzo; me daba vergüenza no ser capaz de humillarme. Por último, después de haberme dicho que lo olvidaría todo, me fui a acostar. ¡Olvidarlo! Así lo decía ella, pero no era posible. Pedí muchas veces perdón a Jesús, a mi buen Ángel, y me fui a la cama. ¡ Qué noche tan mala! El Ángel de mi Guarda, por la mucha dificultad que mostré en hacer este acto de humildad, me dejó sola y el enemigo no dejó de manifestárseme. Dormir no podía, por tener la conciencia intranquila; ¡qué mal me sentía!

Jueves, 26 de julio

Llegó la mañana siguiente, y al fin vino el Ángel de la Guarda, que me volvió a reñir mucho dejándome luego sola y afligida. Recibí la Sagrada Comunión, pero ¡ oh Dios, en qué estado! Jesús no se dejó sentir. Cuando, pasado un rato, pude estar sola, comencé a desahogarme: soy culpable, me doy cuenta; pero, si he de decirlo todo, hay disgustos que a ciertas personas yo no se los querría dar nunca, pero es tan fuerte mi mala inclinación al mal, que a menudo caigo en estas cosas. Jesús me hizo permanecer en este estado por más de una hora; yo lloraba y me afligía. Al fin, Jesús se compadeció de mí y vino; me acarició, me hizo prometer que no lo volvería a hacer y me bendijo.

Debo decir que en el suceso de ayer dije tres mentiras, tuve pensamientos contrarios a la mansedumbre y pensé vengarme de quien había hecho el oficio de espía, pero Jesús me prohibió hablar de esto con el Hermano Fabián u otros. Pronto recobré la paz, y para estar más tranquila corrí a confesarme.

Por la tarde, después de hacer mis oraciones, me puse a hacer la acostumbrada «hora»: Jesús estuvo siempre conmigo; estaba en la cama, como de costumbre, porque si no, luego no podría entretenerme con mi Jesús y sufrir con él. Sufrí mucho, me dio nuevas pruebas de su amor hacia mí, regalándome hasta el díasiguiente su corona de espinas: los viernes es cuando más me ama Jesús. Por la tarde me quitó la corona, diciendo que estaba muy contento de mí y añadiendo al acariciarme: «Hija, si te doy nuevas cruces, no te aflijas». Se lo prometí y me dejó.

Viernes, 27 de julio

Este viernes sufrí bastante más, porque me vi obligada a trajinar, y a cada movimiento me creía morir.

Una de las tías[102] *me había mandado subir agua; me costó mucho, me parecía (era imaginación mía) que las espinas se me clavaban en el cerebro, y una gota de sangre me corrió por la sien. Me limpié enseguida pero algo notó. Me preguntó si me había caído y herido en la cabeza; le dije que me había arañado con la cadena del pozo. Luego me fui con*

[102] Tías carnales, no de la familia Giannini.

las monjas[103]*; eran las diez y estuve con ellas hasta las cinco; después regresé a casa, pero Jesús me la había quitado ya.*

Sábado, 28 de julio

La noche la pasé muy bien; por la mañana vino el Ángel de la Guarda: estaba muy contento, me dijo que tomase papel y escribiera lo que él me dictara.

Helo aquí todo: «Recuerda, hija mía, que quien ama a Jesús habla poco y sufre mucho». «Te mando de parte de Jesús que no digas nunca tu parecer si no eres preguntada, y que no mantengas tu criterio sino que cedas enseguida».

«Obedece puntualmente al Confesor y a quien él quiera, sin replicar; en las cosas que es debido, conténtate con una réplica sola y sé sincera con todos».

«Cuando hayas cometido alguna falta, acúsate enseguida, sin esperar a que te lo pidan».

«Acuérdate, por fin, de mortificar los ojos, y piensa que el ojo mortificado verá la hermosura del cielo».

Después de esto me bendijo, diciéndome que fuese también a comulgar. Corrí enseguida: fue la primera vez, después de casi un mes, que Jesús se me hizo sentir.

Le conté todas mis cosas y me entretuve mucho con él, pues comulgué a las ocho y media y, cuando volví en mí, era ya muy tarde. Marché corriendo a casa, y por el camino sonaron las diez y cuarto; pero fui buena[104]*, estuve siempre en la postura ordinaria que acostumbro al comulgar, y vi al levantarme que el Ángel de la Guarda estaba a mi lado con las alas extendidas. El mismo me acompañó hasta casa y me avisó de que no orase durante el día, hasta no llegar la noche, pues no estaba segura*[105]*. En efecto, pronto me di cuenta; por los de casa más que segura, pero no para mi hermana, que me había tapado el agujero de la cerradura siéndome imposible cerrar; vinieron las tías a tratar de arreglarlo, y por la noche pude cerrar ya.*

Por la tarde fui a hacer los 15 sábados en Santa María[106]*; la Virgen me dijo que no me haría la acostumbrada visita, porque en los días pasados había disgustado a Jesús. Le dije que Jesús me había perdonado, añadiendo ella: «Yo no perdono tan fácilmente a mis hijas. Quiero que seas más perfecta; ya veremos si el sábado puedo ir a llevarte al Cohermano Gabriel». A pesar de todo, me bendijo, y yo me resigné.*

No me falta empero alguna tentación: una, y bastante fuerte, la tuve el sábado (ayer) por la tarde; vino el demonio y me dijo: «¡Bien, muy bien!, escríbelo todo: ¿No sabes que todas estas cosas son obra mía, y si llegas a ser descubierta te morirás de vergüenza? ¿Dónde irás a esconderte? ¡Te hago pasar por santa y no eres más que una ilusa!».

Estuve tan mal, que, de la pena, juré que, apenas llegara la señora Cecilia, destruiría ese escrito[107]*. Traté de romperlo, pero no lo logré; no tuve valor, o no sé qué pasó.*

Domingo, 29 de julio

En este estado lo pasé hasta ayer mañana, domingo, sin poder recogerme. El Ángel de mi Guarda, sin embargo, no me faltaba; me anima, y debo decir que ese mismo domingo no tenía ganas de comer, y él me obligó a hacerlo; lo mismo ha hecho también esta mañana.

---

[103] No las Salesas sino las llamadas «Mantellate», o también «Hermanitas» (Suorine), comunidad femenina de Luca a donde se retiraba con frecuencia Gema.

[104] Se controló para no exteriorizar su estado interior.

[105] De que no la espiaran en la habitación.

[106] Iglesia de los Canónigos Regulares de San Agustín, parroquia de los Giannini.

[107] El Diario que tenía ya escrito.

Ninguna tarde deja de bendecirme y aun de reñirme y castigarme.

Hoy, domingo, siento gran necesidad de Jesús, pero es ya tarde y no abrigo esperanza alguna de verlo; esperaré a ver esta noche, cuando esté sola y libre.

¡Oh!, ha venido al fin Jesús. ¡Cuántos reproches por no haber comulgado! He aquí de qué modo me reprochaba: «¿Por qué, hija mía, he de verme privado tan a menudo de tus visitas? Y eso que sabes lo mucho que deseo que vengas a mí cuando eres buena».

Me arrodillé delante de Jesús, y llorando le dije: «Pero, ¿cómo, Jesús mío, no estás todavía cansado de sufrir tanta frialdad?». «Hija –me respondió–, haz de modo que no pase día sin que vengas a mí, procura tener el corazón limpio y adornado lo mejor que puedas. Aleja de tu corazón todo amor de ti misma, y todo lo que no sea enteramente mío, y luego ven a mí y no temas».

Me bendijo, junto con todos los miembros del «sagrado colegio»[108]*, y se marchó; finalmente me recomendó que tuviera un poco más de valentía frente al enemigo, diciéndome que no hiciera caso de sus palabras, porque es un verdadero farsante que busca por todos los medios hacerme faltar, en especial a la obediencia. «Obedece, hija mía –me repetía–, obedece pronta y alegremente, y para mejor lograrlo y salir victoriosa en esta hermosa virtud, pídeselo a mi Madre, que tanto te quiere». Le hubiera querido decir que su Madre no quiso venir a verme, pero se alejó.*

Lunes, 30 de julio

Esta mañana, lunes, 30 de julio, he ido a recibir la Sagrada Comunión. No la quería recibir, me remordía la conciencia, he titubeado hasta las nueve si debía o no hacerlo, pero al fin venció Jesús, y la hice, pero ¿cómo? ¡Con qué frialdad! A Jesús no le he sentido para nada.

Hoy no he podido recogerme en todo el día; he sido mala, me he impacientado, aunque a solas, sin que nadie se diera cuenta, he llorado mucho, porque mi hermana no quería salir de la habitación. Ayer domingo, por la tarde, estuvo por despecho en mi habitación hasta las once, diciendo, para burlarse de mí, que quería verme caer en éxtasis; hoy ha hecho otro tanto. Ayer escribió una carta a Baños de San Julián y hablaba mucho de mí y de mis cosas. Estas cosas, que debería recibir bien, dando gracias a Jesús, me causan mucho disgusto y hay momentos en que me desespero.

Hallándome así, el Ángel de la Guarda, que estaba mirando, me dijo: «¿Por qué te intranquilizas, hija mía? Hay que sufrir algo por Jesús». (A la verdad, lo que más me había disgustado eran ciertas palabras que mi hermana había dicho), y por esto el Ángel añadió: «Sólo mereces desprecio, porque has ofendido a Jesús».

Luego me tranquilizó, se sentó a mi lado y comenzó a decirme con cariño: «Oh, hija, ¿pero no sabes que debes ser en todo conforme a la vida de Jesús? El sufrió mucho por ti, ¿y no sabes que tú debes aprovechar toda ocasión de sufrir por él? Y luego, ¿por qué das este disgusto a Jesús, dejar todos los días la meditación sobre la Pasión?». Era verdad: me acordé de que la meditación sobre la Pasión no la hago más que el jueves y el viernes. «Debes hacerla todos los días, no te olvides». Al terminar me dijo: «¡Ánimo, ánimo!, este mundo no es lugar de descanso: el descanso viene después de la muerte; ahora tienes que sufrir y sufrirlo todo, para librar algunas almas de la muerte eterna». Le pedí que dijera a mi Mamá viniese un poquito conmigo, pues tengo muchas cosas que decirle; me dijo que lo haría. Pero esta tarde no ha venido.

---

[108] Asociación piadosa fundada por el P Germán, que agrupaba una selección de almas de gran espiritualidad. Gema se afilió también a ella.

Martes, 31 de julio

Es martes: voy a recibir la comunión, pero ¡ en qué estado! He prometido a Jesús ser buena y cambiar de vida; se lo he dicho, pero él no me contestó nada; también le he dicho que me mande a su Madre y mía, preguntándome él: «¿Eres digna?». Quedé avergonzada y no supe qué decir. Al fin, añadió: «Sé buena y vendrá pronto con el Cohermano Gabriel».

Desde el domingo no he podido recogerme. De todos modos doy gracias a Jesús. Cuando viene el Ángel de la Guarda estoy despierta y no pierdo la cabeza; Jesús, mi Mamá y algunas veces el Cohermano Gabriel son los que me hacen perderla; quedo siempre inmóvil allí donde me encuentro, pero la cabeza no sé por dónde anda. ¡Qué necesidad tan grande tengo de mi Mamá! Si Jesús me quisiera dar este gusto, luego sería buena. ¿Cómo poder estar tanto tiempo sin mi Mamá?

Miércoles y jueves, I y 2 de agosto

El miércoles no pude recogerme ni una vez, el jueves tampoco; de vez en cuando mi Ángel me decía alguna cosa pero siempre estaba despierta. El miércoles por la tarde me puse a reflexionar sobre la posibilidad de ser víctima de engaños; pero me tranquilizaba, diciéndome únicamente: «Obediencia». Estamos, pues, en esta tarde (jueves). Como de costumbre, me fui, por obedecer, a la cama; me puse a rezar y me recogí enseguida. Hacía rato que me sentía algo mal. Estuve sola: mientras padecía, Jesús no estaba, y sólo sufrí de la cabeza.

Esta mañana (viernes), me ha preguntado el Confesor si había tenido también las señales[109]*; le he respondido que no. Serán también dolorosas pero no tanto como lo de la cabeza.*

¡Pobre Jesús! Me dejó estar cerca de una hora sola, pero luego vino, presentándose todo ensangrentado y diciéndome: «Soy el Jesús del Padre Germán». No lo creía, ¿por qué? Porque siempre temo. Pronuncié aquellas palabras: «Benditos sean Jesús y María»[110]*, y entonces comprendí. Me animó un poco, pero yo tenía interiormente miedo, por lo que me insinuó: «No temas: soy el Jesús del Padre Germán». Me recomendó por sí mismo, sin que yo le dijera nada, que rogase por la Madre María Teresa del Niño Jesús, porque está en el purgatorio y sufre mucho. Me parece que Jesús la quiere pronto consigo.*

Viernes, 3 de agosto

Hoy he dormido un poco, luego me he sentido recoger interiormente; pasado el recogimiento noté que se me iba la cabeza: estaba con Jesús. ¡ Qué contenta estaba! He sufrido mucho, sí, de la cabeza; me he quejado un poquito, porque me dejaba sola. Le he pedido también que me haga saber cuándo la Madre María Teresa estará en el cielo. Me ha dicho: «Aún no, sigue sufriendo». Recomendé a mi pobre pecador, me dio la bendición a mí y a todos los miembros del Sagrado Colegio y me dejó muy satisfecha.

Esta tarde veía que no me iba a poder recoger; hice mis breves oraciones de la noche y me acosté. A decir verdad, preveía algo de borrasca, porque Jesús hace días que me dijo: «Todavía una última batalla; el enemigo te tentará, pero será la última vez, y por ahora basta». No pude dejar de darle gracias por la fuerza que me ha dado siempre, y le rogué no me faltase en el último trance, quiero decir, ayer tarde.

Me metí en la cama con intención de dormir; el sueño no tardó en venirme, y

---

[109] Las llagas.

[110] Recurso eficaz enseñado por el P. Germán para distinguir las apariciones buenas de las diabólicas.

enseguida se me apareció un hombrecillo muy pequeño, todo cubierto de pelo negro. ¡Qué espanto! Posó las manos sobre la cama; creí que iba a pegarme. «No, no –dijo–, no te puedo pegar, no tengas miedo», y al decirlo se alejó.

Llamé a Jesús en mi ayuda, pero no vino; no por eso me dejó: invocado su nombre me vi luego libre; la cosa fue instantánea.

Otras veces he llamado a Jesús; pero nunca había acudido tan pronto como ayer tarde. Si hubiera visto luego la rabia del demonio! Se revolcaba por tierra, blasfemaba, hizo un último esfuerzo para arrancarme el Crucifijo que llevaba conmigo, pero se retiró enseguida.

¡ Qué bueno fue Jesús conmigo ayer tarde! El diablo, hecho ese esfuerzo, me dijo que ya que no había podido conseguir nada, me iba a atormentar toda la noche. «No» –le dije–. Llamé al Ángel de mi Guarda, extendió sus alas, se colocó junto a mí, me bendijo y el diablo escapó. Sean dadas gracias a Jesús.

Esta mañana he sabido que cuando el diablo se puso tan furioso, fue en el momento en que se me había aplicado el escapulario de la Virgen de los Dolores, y ahora comprendo que su esfuerzo se dirigía a quitármelo. Sean dadas gracias a la Madre Dolorosa.

Sábado, 4 de agosto

Hemos llegado al sábado: es el día destinado para ver a mi Mamá, pero ¿qué debo esperar?

Al fin he llegado a esta tarde. Me he puesto a rezar el rosario de los Dolores. En principio estaba resignada, quiero decir que me había conformado con el querer divino de pasar aquel sábado sin ver a Nuestra Señora de los Dolores; pero a Jesús le bastó mi intención y me contentó. No sé a qué punto del rezo, me sentí recoger interiormente: al recogimiento, como de ordinario, sucedió bien pronto la pérdida de la cabeza, y sin darme cuenta me hallé en presencia (según a mí me pareció) de Nuestra Señora de los Dolores.

Al verla sentí un poco de miedo. Hice lo posible por cerciorarme de que era de verdad la mamá de Jesús: ella me dio pruebas inequívocas de serlo. Pasados unos instantes, me sentí llena de alegría; pero fue tanta mi emoción al verme tan indigna delante de ella, y tanto mi gozo que no pude pronunciar palabra, contentándome con repetir el nombre de mamá.

Ella me miraba fijamente y se sonreía; se acercó para acariciarme y me dijo que me tranquilizase... !Imposible! La satisfacción y la emoción crecían, por lo que ella, temiendo tal vez no me hiciera mal (como otras veces ha sucedido; una, en efecto, sin yo notarlo, el corazón, por el consuelo que encontraba en ver a Jesús, comenzó a latir con tanta fuerza que me vi obligada, por mandato del Confesor, a ceñirme en ese lado una faja muy apretada), me dejó, diciéndome que me fuera a descansar. Obedecí enseguida, en un segundo me fui a la cama y no tardó en volver; entonces ya me calmé.

Debo decir que en el primer momento en que veo estas cosas, estas imágenes (en las que muy bien puedo engañarme), siento miedo, pero al miedo sucede muy pronto la alegría. Pero, sea de ello lo que fuere, yo digo lo que siento. Le hablé de algunas cosas mías, la principal fue que me llevase con ella al paraíso; me respondió: «Hija, todavía tienes que sufrir». «Allí sufriré –quería decirle–, en el paraíso». «No –me replicó–, en el paraíso ya no se sufre; pero pronto te llevaré».

Estaba junto a la cama, era muy hermosa y yo no me cansaba de mirarla. Le recomendé a mi pecador: fue buena señal. También le recomendé a varias personas que me son queridas, en especial aquellas con las que tengo un deber tan grande de gratitud. Esto

debo hacerlo también por orden de mi Confesor, quien la última vez me dijo que pidiese fervorosamente por ellas a la Virgen de los Dolores; ya que yo no puedo hacer nada por ellas, que supla la Virgen Santísima, concediéndoles toda gracia.

Temía que me iba a dejar de un momento a otro, y por eso la llamaba muchas veces, diciéndole que me llevase con ella. Su presencia me hizo olvidar de mi protector el Cohermano Gabriel. Le pregunté por él y por qué no me lo había traído; me dijo: «Porque el Cohermano Gabriel quiere de ti una obediencia más exacta». Tenía que decirme algo para el Padre Germán; pero a esto último no me respondió.

Mientras hablábamos, me soltó la mano que me tenía cogida; no quería yo que se fuera, estaba a punto de llorar y me dijo: «Hija mía, basta; Jesús quiere de ti este sacrificio, te conviene que yo me vaya por ahora». Sus palabras me tranquilizaron: respondí serenamente: «Pues bien, el sacrificio está hecho». Me dejó. ¿Quién podrá describir al por menor lo hermosa y amable que es la Madre celestial? No, no hay cosa que se la pueda comparar. ¿Cuándo tendré la suerte de verla otra vez?

Domingo, 5 de agosto

Hoy, domingo, he suplicado al Ángel tuviese la bondad de decir a Jesús que no podría hacer la meditación sobre la Pasión, porque no me sentía bien, que ya vería el hacerla por la tarde. Cuando llegó la tarde, me encontraba sin ganas; me fui a la cama, hice la preparación y quedé recogida sólo interiormente. He de decir que la meditación de los domingos suele ser siempre sobre la Resurrección o bien el paraíso; pero Jesús me da a entender que no quiere todavía de mí esta meditación, pues la mente vuela enseguida a algún punto de la Pasión. Hágase su voluntad.

Lunes, 6 de agosto

He llegado al 6 de agosto. Los días pasan, y yo siempre en el abismo de este mundo.

Esta tarde, mientras hacía mis oraciones, el Ángel de la Guarda se me ha acercado y tocándome en la espalda me ha dicho: «Gema, ¿cómo tanta desgana para la oración? No le agrada a Jesús». «No –respondí–, no es desgana: hace dos días que no me hallo bien». El añadió: «Cumple con diligencia tu deber, y ya verás cómo Jesús te ama más todavía». Se calló unos momentos, y luego me preguntó: «¿Y el Cohermano Gabriel?». «No sé». «¿Cuánto tiempo hace que no le ves?». «Hace mucho». «Esta noche te lo mandará Jesús». «¿Cómo? Esta noche no quiero, desobedecería: el Confesor no quiere que venga de noche». ¡Oh, con qué gusto le hubiera recibido! Le rogué que me lo enviase de día y pronto, para poder escribir aquella carta al Padre Germán. Supliqué al Ángel que fuese a Jesús y le pidiese poder pasar la noche a mi lado. Desapareció enseguida.

Terminadas mis oraciones, me fui a la cama. Cuando hubo recibido el permiso de Jesús, volvió; me preguntó: «¿Cuánto tiempo hace que no ruegas por las almas del purgatorio? Hija mía, ¡piensas tan poco! La Madre María Teresa sufre mucho, ¿sabes?». Desde la mañana no había rogado nada por ellas. Me dijo que le agradaría que todo, por pequeño que fuese, tratándose de dolores, lo ofreciera por las almas del purgatorio. Toda pena, por pequeña que sea, las consuela mucho; aun eso poquito que podía haber ofrecido por ellas ayer y hoy. Le respondí maravillada: «¡ Si eran dolores del cuerpo!, ¿también estos dolores alivian a las almas del purgatorio?». «Sí –me dijo–, sí, hija mía; todo padecimiento, por mínimo que sea las alivia». Entonces le prometí que en adelante todo lo ofrecería por las almas del purgatorio. Añadió: «¡Cuánto sufren esas almas! ¿Quieres hacer algo esta noche por ellas? ¿Quieres sufrir?». «¿Qué? –le dije–. ¿Es lo mismo que sufre Jesús los

viernes?». «No –respondió–. No es lo de Jesús, son dolores corporales». Le dije que no, porque Jesús no quiere que sufra, fuera del jueves y el viernes. Pero como las almas del purgatorio, y en especial la Madre María Teresa, me son muy queridas, le dije que sufriría de buen grado por una hora.

Le bastaron estas palabras, pues bien veía que, haciéndolo, habría desobedecido; me dejó dormir.

Esta mañana, al despertarme, estaba continuamente a mi lado, me bendijo y se marchó.

Martes, 7 de agosto

Ayer por la mañana el Ángel me prometió que por la tarde podría hablar con el Cohermano Gabriel. Llegó la tarde tan deseada; el sueño quería vencerme, luego me sobrevino una agitación tal, que me llenó de espanto. Pero es que Jesús estaba a punto de darme ese consuelo, y cuando lo hace, antes o después, me da algún dolor. Siempre sea bendito.

Al sentir esta agitación no veía a nadie, quiero decir, al diablo. Sólo que me sentía mal; la cosa duró poco. Me calmé pronto, me sentí de repente recogida, y enseguida lo de siempre: la cabeza que se me fue y yo me hallé con el Cohermano Gabriel. ¡Qué consuelo sentí! Pero la obediencia no me permitía acercarme a él para besarle el hábito y resistí. Lo primero que le pregunté fue por qué tardaba tanto en dejarse ver. Me respondió que es por culpa mía. Cosa de que estoy bien persuadida, pues soy muy mala.

¡Qué cosas más hermosas me dijo acerca del convento[111] *y con qué energía! Parece como si los ojos le centelleasen. Por sí mismo, sin que yo le preguntara, me dijo: «Hija, dentro de pocos meses, entre la alegría de casi todos los católicos se verificará la fundación del nuevo convento». «¿Dentro de pocos meses?» –le contesté yo–. «Todavía faltan trece». «Son pocos», añadió. Y sonriendo se volvió luego hacia un lado y se arrodilló, y juntando las manos, dijo así: «Virgen bendita, ya lo ves: aquí en la tierra se anda a porfía por la propagación del nuevo instituto; ea, te lo ruego, haz que sobreabunden los dones y favores celestiales sobre los que de él formarán parte. Aumenta su fuerza y aumenta también su celo. Todo será dádiva vuestra, ¡oh Virgen bendita!».*

Hablaba como si tuviera delante a Nuestra Señora de los Dolores; yo no veía nada, pero advertía la fuerza y la expresión con que decía estas palabras, cosa que me maravillaba; también él parecía fuera de sí.

Ahora debería hablar del Padre Germán, pero el Confesor dice que aquí no lo haga, porque...

Hablé también de mi pobre pecador. Se sonrió: buena señal. Por fin me dejó, llena de consuelo.

Miércoles, 8 de agosto

Vengamos a esta mañana. Apenas salí del confesionario, me vino a la mente el pensamiento de que a mi parecer el Confesor disminuye demasiado mis pecados, cosa que me intranquilizó. Para calmarme se me acercó el Ángel de la Guarda. Estaba en la iglesia, y pronunciaba en voz alta estas palabras. «Vamos a ver: ¿a quién quieres creer, al Confesor o a tu cabeza? ¿Al Confesor que tiene continuas luces y asistencia, que tiene mucha capacidad, o a ti, que no tienes nada de nada? ¡Soberbia! –me decía–, !quieres hacerte

---

[111] El anunciado convento de monjas pasionistas de Luca.

maestra y guía del Confesor!». No pensé más. Hice un acto de contrición y comulgué.

Jueves, 9 de agosto

También hoy, después de haber sostenido una gran batalla con el enemigo, auxiliada por Dios, ha venido el *Ángel* de la Guarda, que riñéndome y muy severo me dijo: «Hija, acuérdate de que faltando a la obediencia, sea en lo que fuere, cometes siempre pecado. ¿Por qué eres tan reacia a obedecer al Confesor? Acuérdate también que no hay camino más seguro y breve que el de la obediencia».

¿Y a qué viene hoy todo esto? Por mi culpa. Merecería cosas peores; pero Jesús usa siempre conmigo de misericordia.

¡Ay de mí, qué repugnancia siento esta tarde! Desde la mañana me siento muy cansada, es todo desgana, mala voluntad; pero con la ayuda de Dios quiero vencerme.

Es jueves y por eso me encuentro tan impaciente[112]*. Cuando llega esta tarde me sucede siempre lo mismo. Sí, padecer, padecer por los pecadores, y de una manera particular por las pobres almas del purgatorio, sobre todo por...*[113]*. Ya sé por qué se apodera tan pronto de mí esta desgana. Otras tardes me venía pocas horas antes. Es porque hoy me dijo el Ángel que Jesús quería hacerme sufrir esta tarde una hora más, esto es, dos horas. Comenzaría a las nueve, y ello por un alma del purgatorio. Sin permiso del Confesor, pero acostumbra a no reñirme por ello, al contrario, lo quiere y lo puedo hacer muy bien.*

Ayer tarde[114]*, a eso de las nueve, o poco menos, comencé a sentirme un poco mal, me fui pronto a la cama, pero hacía rato que venía sufriendo. El dolor de cabeza era extraordinario, el menor movimiento que hacía me causaba dolores terribles. Sufrí dos horas, como Jesús quería, por la Madre Teresa, luego me desnudé con mucho trabajo y me metí en la cama, comenzando la «hora». Fue muy dolorosa, pero en compañía de Jesús, ¡qué no se haría!*

Viernes, 10 de agosto

Me dijo la tarde anterior el Ángel de la Guarda que me haría tener la corona de espinas en la cabeza hasta las cinco del viernes. Fue verdad, porque hacia esa hora comencé a recogerme un poquito, me escondí en la Iglesia de los Franciscanos y allí vino Jesús a quitármela de nuevo, estuve siempre sola. ¡Qué muestras me dio de cariño! Me animó de nuevo a padecer y me dejó en un mar de consuelos.

Tengo que decir, sin embargo, que a veces, sobre todo el jueves por la tarde, se apodera de mí una tristeza tal, pensando que he cometido tantos pecados –todos me vienen a la memoria–, que me avergüenzo de mí misma y me aflijo sobremanera. Ayer tarde, pocas horas antes, me sobrevino también esta vergüenza y este disgusto, y sólo puedo hallar un poco de alivio sufriendo eso poquito que Jesús me manda, y ofreciéndolo por los pecadores, en especial por mí, y luego por las almas del purgatorio.

¡Cuántos consuelos me da Jesús! ¡De cuántas maneras me prueba que me quiere! Todas son cosas de mi cabeza, pero si obedezco, Jesús no permitirá que me engañe. El jueves por la tarde me prometió que durante estos días, que faltará la señora Cecilia, haría que no me faltase nunca el Ángel de la Guarda. Me lo brindó ayer tarde y no me ha vuelto a dejar ni un solo momento.

---

[112] Por llegar al día de la participación en la Pasión, que es el viernes.

[113] La M. María Teresa, pasionista.

[114] Gema escribe estas palabras ya el viernes.

Esto lo he observado varias veces, pero nunca se lo he dicho al Confesor. Hoy, en cambio, lo digo enseguida. Si estoy con otras personas, el Ángel de la Guarda no me deja nunca, pero si estoy a solas con él, enseguida me deja (quiero decir que no se hace ver de mí, si no es para darme algún aviso). Lo propio sucedió hoy, ni siquiera un minuto se ha separado de mí. Ya hable, ya rece, ya haga cualquier cosa, él me lo dice. Jesús quiere que no me engañe.

Esto me maravilla mucho, y me he visto obligada a preguntarle: «¿Por qué, cuando está la señora Cecilia, no apareces nunca?». Me ha contestado: «Porque nadie, fuera de ella, sabe hacer mis veces. ¡ Pobre niña –añadió–, eres tan pequeñita, que necesitas quien te lleve de la mano! Ahora te llevaré yo, no temas, pero obedece, porque, si no, pronto...»

He ido a confesarme, se lo he dicho todo al Confesor (se lo había también escrito); me explicó lo que yo no había entendido, y ahora lo entiendo todo.

Sábado, 11 de agosto

Es sábado, voy a comulgar; ¿qué haré? De todos modos quiero obedecer. ¡Si pudiera conseguir una visitilla de mi Mamá! Pero no, me acuerdo del pecado que cometí ayer tarde. Es verdad que esta mañana me he confesado enseguida, mas no importa, la Virgen a mí no me perdona tan fácilmente. Me quiere perfecta.

Estamos en la tarde del sábado. ¡Dios mío! ¡Qué castigo! El mayor castigo que puedes darme es privarme de la visita de María Santísima, y es precisamente cuando se acerca el sábado cuando cometo siempre alguna falta...

Domingo, 12 de agosto

He llegado al domingo. ¡Qué desgana, qué aridez! Sin embargo, no quiero dejar mis ordinarias oraciones.

Miércoles, 15 de agosto

En este estado de aridez y de falta de Jesús he durado hasta hoy miércoles. Desde el viernes no le he vuelto a sentir. El Confesor me asegura que es en castigo de mis pecados o para ver si puedo pasar sin Jesús y estimularme a amarlo todavía más. He estado siempre sola, quiero decir, sin Jesús. El Ángel de la Guarda no me ha dejado ni siquiera un segundo, y no obstante, ¡cuántos defectos y cuántas faltas en su presencia! ¡Dios mío, tened misericordia de mí! He comulgado todos los días, pero Jesús como si no existiera. ¿Querrá Jesús dejarme también sola en una solemnidad tan grande como es ésta? La Comunión la he hecho con algo más de consuelo, pero sin sentir a Jesús. He rogado mucho durante estos días, porque quiero una gracia de Jesús.

Hoy la Madre María Teresa tiene que ir al paraíso. ¿Cómo saberlo? Recogerme no puedo, si no estoy en lugar seguro. El Ángel de mi Guarda estará hoy de guardián ante mi puerta.

Son las nueve y cuarto de este gran día. Siento como de costumbre un recogimiento interior. He pedido al Ángel de la Guarda que vigile y que nadie vea nada. Me he escondido en una celda de las monjas.

Al poco rato el recogimiento se convirtió en arrobamiento. (No crea quien lea estas cosas nada de cuanto digo, pues puedo muy bien engañarme). ¡Que Jesús no lo permita! Lo digo por obediencia y me sujeto a escribirlo con gran repugnancia.

Eran cerca de las nueve y media, leía, de repente me vi sacudida por una mano que venía a posarse con mucha suavidad sobre mi hombro izquierdo. Me volví asustada: tuve miedo, estuve a punto de llamar, pero me contuve. Al volverme, vi a una persona vestida de

blanco. Conocí que era una mujer; la miré, y su mirada me dio a entender que no temiera nada: «Gema –me dijo, pasados unos momentos–, ¿me conoces?». Dije que no, porque así era en efecto. A lo que añadió: «Yo soy la Madre Teresa del Niño Jesús. Gracias por la mucha solicitud que te tomas a fin de que pueda ver pronto la gloria del cielo».

Todo esto sucedía estando yo despierta y con pleno conocimiento de mí misma. Aún añadió: «Pide todavía, que aún me quedan algunos días de sufrir». Y al decírmelo me acarició y se fue.

Aquellas sus miradas, he de decirlo, me inspiraron mucha confianza. Desde ese punto redoblé mis oraciones, para que pronto pueda alcanzar su fin; pero mis oraciones son muy pobres, quisiera que para las almas del purgatorio gozaran de la virtud de las oraciones de los Santos.

Desde ese momento sufrí continuamente, hasta cerca de las once, que ya no podía estar sola. Sentí dentro de mí cierto recogimiento, y un cierto deseo de ponerme a orar, pero ¿cómo hacer? No podía. ¡Cuántas veces tuve que insistir! Por fin conseguí el anhelado permiso, y me fui con mi Mamá. Fueron breves instantes, pero ¡cuán preciosos!

Por mi mal comportamiento, Jesús no permitió que la Virgen viniera como de ordinario sonriente, sino triste (de lo que yo era la causa). Me riñó un poco, pero se alegró también de una cosa (que creo oportuno callar aquí), cosa que dio también mucho consuelo a Jesús, y fue precisamente en premio de ella por lo que vino (la Virgen), aunque, como he dicho, seria. Me dijo algunas palabras, entre las cuales recuerdo: «Hija, cuando esta mañana me vaya al cielo me llevaré conmigo tu corazón».

Y entonces me pareció que se me acercaba... me lo quitó, lo tomó consigo en sus manos, y me dijo: «No temas nada, procura ser buena, yo tendré tu corazón siempre conmigo allá arriba y en mis propias manos». Me dio la bendición aprisa, y al marchar pronunció todavía estas palabras: «A mí me has dado el corazón, pero Jesús quiere también otra cosa». «¿Qué cosa?» –le dije–. Y me respondió: «La voluntad», y luego desapareció.

Me vi en el suelo, pero esto de caer, sé muy bien cuándo sucedió, cuando hizo ademán de acercarse y quitarme el corazón[115].

Aunque estas cosas en el primer momento me asustan, acaban siempre por ser cosas de infinito consuelo para mí.

Jueves, 16 de agosto

Es jueves. Se apodera de mí la acostumbrada repugnancia; el temor de perder mi alma me asusta; el número de mis pecados y su enormidad, todo se me presenta delante. ¡Qué agitación! En esos momentos el Ángel de la Guarda me sugirió al oído: «Pero la misericordia de Dios es infinita». Me tranquilicé.

Pronto comencé a padecer de la cabeza: serían como las diez. Cuando me hallé sola, me eché en la cama, sufrí un poco, pero Jesús no tardó en presentarse, demostrando que también él sufría mucho. Le recordé a los pecadores, por los que él me animó a ofrecer al Eterno Padre todos mis ligeros padecimientos.

Mientras estaba con Jesús se dio cuenta, y me preguntó: «¿Qué quieres que haga?». A lo que yo enseguida: «Jesús, por caridad, alivia sus penas a María Teresa». Y Jesús: «Ya lo he hecho. ¿Quieres algo más?», me decía. Tomé entonces ánimo y le dije: «Jesús, sálvala, sálvala». A lo que Jesús me respondió: «El tercer día después de la Asunción de mi Madre Santísima, se verá libre del purgatorio y me la llevaré al cielo».

---

[115] El misterioso cambio de corazón de que se habló en la Autobiografía.

Estas palabras me llenaron de una alegría tal que no sabría explicar. Otras muchas cosas me dijo Jesús. Le pregunté también por qué ya no me hacía sentir después de la Comunión aquellas dulzuras de paraíso. Me respondió prontamente: «Porque no eres digna, hija»; pero me prometió que me las haría sentir la mañana siguiente.

Pero ¿cómo llegar a mañana? Es verdad que faltaban pocas horas, pero para mí eran años: no pude ni cerrar los ojos para dormir. Me consumía, hubiera querido que llegase inmediatamente la mañana; en una palabra, que esta noche me ha parecido un siglo, pero por fin ha llegado (la mañana).

Viernes, 17 de agosto

Jesús, apenas se ha posado sobre mi lengua (causa tantas veces de muchos pecados), se me ha hecho sentir. Ya no estaba en mí, sino que dentro de mí; Jesús bajaba a mi seno. (Digo al pecho, porque el corazón ya no l o tengo: se lo ha llevado la Mamá de Jesús). ¡Qué instantes tan felices se pasan con Jesús! ¿Cómo pagar tanto amor? ¿Con qué palabras expresar el amor que manifiesta para con esta pobre criatura? A pesar de todo, ha querido venir a mí. Es verdaderamente imposible, es imposible no amar a Jesús. Me pregunta muchas veces si le amo y le amo de verdad. ¿Y todavía lo dudas, Jesús mío? El se une cada vez más a mí, me habla, me quiere perfecta, me dice que me ama mucho y que yo le corresponda.

Dios mío, ¿qué hacer para hacerme digna de tantas gracias? Donde yo no llegue, llegará por mí el Santo Ángel de mi Guarda. Dios quiera que nunca me engañe y nunca llegue a engañar a nadie.

He pasado el resto del día unida a Jesús. Sufro, pero nadie se da cuenta de lo que sufro. Sólo de vez en cuando se me escapa algún lamento, pero bien sabe Dios que es involuntario.

Hoy poco, o, por mejor decir, nada se ha necesitado para que me recogiera: mi mente estaba ya con Jesús, y a El he volado también con el espíritu. ¡Qué cariñoso se ha mostrado conmigo Jesús! ¡Pero cuánto sufre! Trabajo mucho por disminuir su pena,y quisiera hacer mucho más, si me fuera permitido. Hoy se me acercó, me quitó la corona de espinas de la cabeza, y luego no vi que se la pusiera, como otras veces, en la suya; se quedó con ella en las manos, tenía todas las llagas abiertas, pero no echaban sangre como otras veces, eran muy hermosas.

Acostumbra a bendecirme antes de dejarme. En efecto, levantó su mano derecha; de ella vi salir una luz mucho más fuerte que la de la candela. Tenía la mano levantada, yo le miraba fijamente y no me hartaba de contemplarlo.

¡Oh, si pudiera hacer que todos vieran y conocieran lo hermoso que es Jesús! Me bendijo con la misma mano que había levantado y me dejó.

Después de esto, hubiera tenido gusto en saber qué cosa significaba aquella luz que salía de sus llagas, en especial de la mano derecha, con la que me bendijo. El Ángel de la Guarda me dijo estas palabras: «Hija, este día la bendición de Jesús ha hecho descender sobre ti una lluvia de gracias».

Ahora, mientras escribo, se me ha acercado y me ha dicho: «Te lo encargo mucho, hija mía, obedece siempre y en todo. Decláraselo todo al Confesor. Dile que no te descuide, sino que te esconda». Luego ha añadido: «Dile que Jesús quiere que se tome un poco más cuidado de ti, piense más en ti, en atención a que tú eres muy inexperta».

Estas cosas me las ha vuelto a repetir ahora después de escribir, me las ha repetido

varias veces, estando despierta[116], *y de forma que me ha parecido estarlo viendo y oírle hablar. Jesús, hágase siempre tu santísima voluntad.*

¡Pero, qué trabajo me cuesta tener que escribir estas cosas! La repugnancia que encontraba al principio, lejos de disminuir, va siempre en aumento y siento una pena como de muerte. ¡Cuántas veces he sido tentada hoy de buscar y quemar todos mis escritos!

¿Y luego? ¿Acaso tú, Dios mío, quieres que yo escriba también esas cosas ocultas, que por tu bondad me das a conocer, para humillarme y tenerme más confundida? Si lo quieres, oh, Jesús, estoy dispuesta a hacerlo: da a conocer tu voluntad. Pero ¿para qué van a servir estos escritos? ¿Para tu mayor gloria o para que yo recaiga en nuevos pecados? Tú has querido que yo lo haga, yo lo he hecho y lo hago. Ocúpate tú de ello, en la llaga de tu sagrado costado escondo todas mis palabras, oh Jesús.

Sábado-domingo, 18-19 de agosto

Jesús me ha hecho conocer esta mañana en la Sagrada Comunión que la Madre María Teresa volará esta noche al paraíso. Nada más por ahora.

Jesús me había prometido darme una señal. Llega la medianoche, y nada todavía. Dan las doce, tampoco. A las doce y media me pareció que la Virgen venía a avisarme de que se acercaba la hora.

Después de un ratito, se me apareció la Madre María Teresa vestida de Pasionista, acompañada de su Ángel de la Guarda y de Jesús. ¡Qué cambio desde el día en que la vi por primera vez! Sonriendo se me acercó, me dijo que era verdaderamente feliz y que se iba a gozar eternamente de su Jesús. De nuevo me dio gracias, y añadió: «Avisa a la Madre Josefa de que soy feliz y esté tranquila»[117]. *Me dijo adiós varias veces con la mano, y en compañía de Jesús y de su Ángel se voló al cielo, a eso de las dos y media.*

Esta noche sufrí mucho, porque también yo quería irme con ella, pero nadie se preocupó de facilitarme la ida al paraíso.

El deseo que hacía tanto tiempo Jesús había despertado en mí, esta noche se ha visto, al fin, colmado. María Teresa está en el paraíso, pero me ha prometido que desde el paraíso vendrá a verme.

Lunes, 20 de agosto

Ayer, durante el día tuve ocasión de hablar con el Ángel de la Guarda; me reprochó sobre todo mi desgana en la oración; también me recordó otras muchas cosas: en especial lo que toca a los ojos, amenazándome severamente.

Ayer tarde en la iglesia me volvió a recordar lo que me había dicho por la mañana, diciendo que tendría que dar cuenta a Jesús. Por último, antes de ir a la cama, en el momento de darme la bendición, me avisó de que Jesús iba a permitir al demonio me diera un grave asalto, y ello porque había sido durante algunos días algo descuidada en mis oraciones. Me avisó también que el demonio haría lo indecible para impedirme orar, en especial mentalmente, durante todo el día, y que quedaría privada de sus visitas (quiero decir de las del Ángel de la Guarda), pero sólo por hoy.

He recibido la Sagrada Comunión, ¡pero cualquiera sabe en qué estado! Estaba muy distraída, el pensamiento volaba a lo ocurrido durante la noche, esto es, un feo sueño, que reconocí preparado por el demonio.

¡Oh Dios, el momento del asalto ha llegado, ha sido muy fuerte, casi diría terrible!

---

116 Fuera del éxtasis.

117 La M. Josefa Armellini, pasionista, fundadora de las Pasionistas de Luca, que a la sazón estaba en el monasterio de Tarquinia, en Corneto.

Ninguna bendición, ningún escapulario bastaban para hacer cesar la tentación más fea que pueda imaginarse. Era tan horrendo (el demonio) que he cerrado los ojos y no los he abierto sino cuando me he visto totalmente libre.

Dios mío, si no he pecado, sólo a ti te lo debo. Gracias te sean dadas. ¿Qué decir en esos momentos? Buscar a Jesús y no hallarlo es una pena mucho más grande que la de la misma tentación. Lo que paso en esos momentos sólo Jesús lo sabe, que a escondidas me mira y se complace. En un momento en que parecía que la tentación iba a tomar más fuerza, se me ocurrió invocar al Santo Papá de Jesús, gritando: «Eterno Padre, por la Sangre de Jesús, líbrame».

No sé lo que sucedió: ese diablazo me dio un empellón fortísimo, me arrojó de la cama, y me hizo dar con la cabeza en el suelo, causándome vivo dolor; perdí los sentidos y así permanecí en tierra hasta tanto que volví en mí, que fue bastante tarde.

Gracias sean dadas a Jesús, pues también hoy ha pasado del mejor modo que él ha querido.

Lo restante del día lo he pasado muy bien. Esta tarde, como suele sucederme muchas veces, me han venido a la memoria todos mis graves pecados, pero tan al vivo que he tenido que hacerme gran violencia para no llorar. Sentía un dolor vivísimo, como nunca lo he sentido. El número de ellos sobrepasa con mucho a mi edad y mi capacidad; lo único que me consuela es que siento por ellos vivísimo dolor, y quisiera que este dolor no se borrara nunca de mi mente y que jamás disminuyera. ¡ Dios mío, hasta dónde ha llegado mi malicia!

Esta tarde, si he de decir verdad, esperaba a Jesús, pero ¡en vano!, no ha venido nadie. Sólo el Ángel de la Guarda no cesa de vigilarme, instruirme y darme sabios consejos. Se deja ver varias veces al día y me habla. Ayer me acompañó durante la comida, pero no me hacía fuerza, como me hacen los demás[118]. *Después de comer no me sentía nada bien, y él me trajo entonces una taza de café tan bueno, que curé enseguida*[119]*; luego me mandó descansar un poco. Le digo muchas veces que pida a Jesús para pasar conmigo la noche, se lo va a decir, vuelve y ya no me deja hasta por la mañana, si Jesús se lo permite.*

Martes, 21 de agosto

Acaso me engañe, pero hoy espero visita del Cohermano Gabriel, y, si es verdad, tengo que hablarle de muchas cosas. Luz, Jesús, luz no a mí, sino al Padre Germán y al Confesor.

Miércoles, 22 de agosto

Ayer[120] *el Ángel de la Guarda me avisó de que en el transcurso del día vendría Jesús. Me riñe, me llamó soberbia, mas luego nos contentamos enseguida. Ya no pensé más en la visita de Jesús, porque dudaba de ella; pero al ponerme a hacer las oraciones de la noche me sentí recogida en Jesús, quien me hizo enseguida un dulce reproche, diciéndome: «Gema, ¿no me quieres ya?». «Oh, Dios mío –le dije–, ¿no ves de cuántas maneras te busco? Te deseo en todas partes, te quiero, te busco constantemente, te deseo a ti solo».*

Pero se me ocurrió preguntarle enseguida: «Una vez que has venido esta tarde, ¿ya no vendrás mañana por la tarde?». Me contestó que sí. El Confesor empero me tiene dicho que si sufro y no me siento bien, será responsable mi conciencia; si me siento bien, a la misma

[118] No se le imponía con fuerza, sino que la acompañaba amorosamente.

[119] Modo misterioso de intervención del ángel que restaura las fuerzas de Gema. Parecidos prodigios se leen en vidas de santos como San Felipe de Neri.

[120] Gema escribe el jueves día 23, aunque ponga fecha del 22.

hora puedo sufrir con Jesús, si no, que Jesús venga, pero sin hacerme sufrir. Que me entretenga con él y lo compadezca y participe con él de aquella mortal tristeza que sintió en el huerto de los olivos. De todos modos obedeceré.

También me habló Jesús, sin que yo se lo recordara, de la santa alma de doña Josefina Imperiali. «¡Oh, qué querida me es! –repetía Jesús–. Mira –añadió–, sufre mucho, no tiene un minuto de tregua. ¡Feliz ella!». Me dejó, como de ordinario, con un consuelo indecible.

Gracias a Jesús, y por su infinita misericordia, el Ángel de la Guarda no me abandona ni siquiera un segundo. Ayer vi varios Ángeles, el mío, que me asiste continuamente, y otro de otra persona y del que no es necesario que diga más particularidades; si la obediencia me lo exige, lo haría, pero por ahora, basta. Cuando llegue el caso me acordaré.

Jueves, 23 de agosto

¡Ay!, llega la tarde, y ya se apodera de mí la acostumbrada frialdad, la ordinaria repugnancia, el cansancio quiere vencerme, pero aunque me cueste un poco no quiero dejar de cumplir con mi deber.

Jesús esta noche me ha puesto la corona de espinas sobre la cabeza a eso de las diez, después de haberme recogido un poco. Mi padecimiento, que nada tiene que ver con el de Jesús, ha sido bastante fuerte: hasta los dientes todos parecían resentirse; cada movimiento me producía vivo dolor; creí que no iba a poder resistirlo, pero al fin, todo fue bien.

Ofrecí por los pecadores esas pequeñas penas, en especial por mi pobre alma. Le rogué que volviera pronto. Cuando estaba para dejarme, comenzó una porfía entre Jesús y yo: sobre quién iríamos primero a visitarnos (he sido yo la que he ido primero, yendo a comulgar), y, al mismo tiempo, quedamos de acuerdo en que él vendría a mí y yo iré a él. Me prometió la asistencia de mi Ángel de la Guarda, y me dejó.

Viernes, 24 de agosto

Más tarde vino Jesús a quitarme la corona de espinas, vino pronto, diciendo que ya estaba bien; y porque yo no quería, pues no estaban cumplidas las horas, me dijo que soy siempre muy pequeña y que ya es bastante lo que hago.

Sufrí durante varias horas sin interrupción; Jesús me acarició mucho. En un cierto punto de nuestra conversación le pedí luz para el Confesor; y entonces se me ocurrió contarle lo que me había dicho el Ángel de la Guarda. Me había dicho la mañana anterior que el Padre Germán tiene bastante luz para mis cosas, y que me quiere bien. Referí sin pensar la cosa a Jesús, y Jesús no sabía nada de lo que me había dicho el Ángel de la Guarda[121]*: se puso serio y me dijo que no quería que el Ángel de la Guarda me ande soplando al oído.*

Pero mientras me decía esto, en vez de asustarme, como me sucede cuando Jesús se pone serio y enfada, tomé más confianza y le pregunté: «¿No podrías, Jesús...?», callé, creyendo que me entendía sin decir más, y Jesús, entendiendo, me dijo: «No te aflijas, hija mía: pronto vendrá el Padre Germán. ¿Has entendido?», me preguntó. «Sí», respondí. Y por último me dijo estas palabras: «No temas, pronto vendrá». Me hizo señas con la mano de que se iba, y desapareció.

Un poco más tarde me fui a la iglesia para recibir como de costumbre la bendición, pero me parecía estar un poco cansada. En efecto, era verdad, mas no es, según tengo ya dicho otras veces, cansancio propiamente dicho, es desgana y pocas ganas de rezar; el Ángel

---

[121] Singular condescendencia de Jesús que trata a Gema al modo puramente humano.

de la Guarda me dijo al oído que rezase sentada. Al principio no quería ceder, pero insistió dos veces, y entonces obedecí y permanecí siempre sentada. Ciertamente que estuve muy a gusto, porque de rodillas no podía estar.

Ayer tarde me dio a entender que cuando Jesús se queja de que no hago la meditación, no se refiere al jueves y al viernes, sino a los otros días; y así es, en efecto, pues esos dos días nunca la olvido. Le prometí ser más exacta en hacerla, y me mandó me fuera a la cama, porque estaba cansada; y que tratase de dormir. Le pedí que estuviera conmigo, pero no me lo prometió: así ha sido, no ha estado.

«Ahora –le dije– vete corriendo a Jesús y pídele con insistencia que se deje ver, pues mañana tengo que confesarme», a lo que me dijo enseguida: «¿Y si viniera el Cohermano Gabriel?». «Me da lo mismo –respondí–. Pero, Jesús o el Cohermano Gabriel, es necesario que yo los vea; ruégale que me conceda esta gracia: la necesito mucho». «¿Y no podrías decírmelo a mí?» –me preguntó–. «Tú vete –le dije– a estar con Jesús y ponte al corriente de todo, y, luego, ven a decírmelo». Me hizo señas de que así lo haría.

Acababa de hablarme del Cohermano Gabriel y, como siempre que lo oigo nombrar no puedo menos de alegrarme, exclamé: «¡Oh, cuánto hace que espero al Cohermano Gabriel, cómo lo deseo!». «Pues precisamente por eso, porque tienes tantas ganas de verlo, Jesús no quiere darte este gusto». Entonces, riendo, me enseñó que, cuando viniera Jesús, no dejase traslucir mi manía por ver al Cohermano Gabriel, que así me contentaría más fácilmente.

Comprendí que se burlaba, porque a Jesús no se le puede ocultar nada. «Muéstrate indiferente –me dijo–, y ya verás cómo Jesús te lo manda más a menudo». «Pero si no puedo estarlo» –le dije–. «Yo te enseñaré: le debes decir así a Jesús: Si viene, bien, si no, es lo mismo»: y al decir estas palabras se reía mucho.

Entonces comencé a repetirlo también yo y conocí que él se divertía. Me mandó que fuese a la cama, diciendo que por esa noche tenía que estar sola, pues, si estuviera él, no dormiría, y se fue.

Y así es en verdad: estando él no duermo; se entretiene enseñándome muchas cosas que se hacen en el cielo, y la noche se pasa sin sentir. Pero esta noche no ha sido así: me ha dejado sola y me he dormido; me he despertado, sin embargo, varias veces y él me decía: «A dormir, si no, me voy de verdad».

He oído tronar muy fuerte y tenía miedo, entonces vino y se dejó ver; me bendijo otra vez y volví a quedarme dormida.

Sábado, 25 de agosto

Esta mañana en la Comunión no he sentido consuelo alguno, todo ha sido muy fríamente. Hágase la santísima voluntad de mi Dios. ¿Qué sucederá hoy? Jesús no viene, y no veo trazas de que ande cerca. Me voy a descansar, y veo que se me presenta delante un Ángel de la Guarda que creí ser el mío; pero me sobrecogió algo de miedo y una turbación extraña.

El miedo se apodera de mí muchas veces, cuando se me aparece alguno, pero poco a poco se me pasa y acabo consolándome. Ayer[122]*, en cambio, la turbación fue en aumento y si me tocaba, temblaba: cosa que nunca me sucede cuando de verdad es mi Ángel. Estaba dudando sobre esto, cuando me preguntó: «¿Cuándo vas a confesarte?». «Esta tarde», respondí. «¿Y por qué? ¿Qué haces allí tan a menudo? ¿No sabes que tu Confesor es un embrollón?». Caí en la cuenta de lo que se trataba, y me santigüé varias veces; cayeron*

---

[122] Gema escribe el domingo 26 los sucesos del sábado 25, y luego habla de «ayer» al referirse al sábado.

sobre mí golpes que me hacían estremecer. Mi Ángel no me habla nunca de este modo.

Así pasé largo rato, combatiendo de aquella manera, y aseguré que, a pesar suyo, me iría a confesar; y así lo hice en efecto. Llamaba a Jesús y a mi Mamá, pero, !inútil!, nadie acudía. Pasado un rato, se dejó ver mi Ángel auténtico, mandando que lo confesara todo, y me habló de dos cosas que tenía que decir [al Confesor].

La turbación y el miedo al enemigo desaparecieron pronto, recobré la paz, que duró hasta el momento de confesarme; esto no quería hacerlo de ninguna manera. Haciéndome violencia, fui, pero pude hablar muy poco. De todos modos lo diré todo cuando escriba.

Mi queridísima Mamá no me faltó ayer, pero su visita fue muy breve; no obstante, me consoló mucho. Le pedí mucho por mí, que me llevase al paraíso; también le rogué por otros con fervor. ¡Cómo sonreía cuando a veces la llamaba mamá! Se acercó, me acarició y me dejó en compañía del Ángel de la Guarda, que ha estado conmigo muy afable hasta por la mañana.

Domingo, 26 de agosto

Por la mañana me ha dejado [el Ángel de la Guarda] una vez que he salido de la habitación. He comulgado sin saber nada de Jesús; durante la mañana sentía tan grandes deseos de llorar, que tenía que esconderme de la vista de los demás, para que no se dieran cuenta de nada: me remordía la conciencia y no sabía a qué acudir. ¡Dios mío, lo que voy a escribir! Pero no estará de más, pues si este escrito cae en manos de alguien, verá que yo no soy más que una desobediente y una malvada.

Ayer[123]*, mientras comía, levanté los ojos y vi al Ángel de mi Guarda que me miraba con un rostro tan severo que hacía temblar; no me habló. Más tarde, al irme unos momentos a la cama, ¡oh Dios!, me dijo que le mirase a la cara; le miré, y bajé enseguida la vista; pero él insistió y me dijo: «¿No te da vergüenza cometer faltas en mi presencia? ¡Después que las has cometido es cuando sientes vergüenza!». Volvió a insistir en que le mirase; por espacio de más de media hora me hizo estar en su presencia, mirándole continuamente a la cara: me echaba unos ojos tan severos...*

No hice más que llorar. Me encomendaba a Dios y a nuestra Mamá, para que me quitasen de allí, porque yo no podía resistirlo por más tiempo. De cuando en cuando me repetía: «Me avergüenzo de ti». Rogaba también que nadie le viera en ese estado, pues de verlo nadie se acercaría a mí; no sé si otros le habrán visto.

Pasé un día malísimo, y siempre, al levantar la vista, me miraba con mirada severa; no pude recogerme ni un solo instante. Por la tarde hice mis oraciones; él siempre estuvo mirándome del mismo modo; me dejó ir a la cama y me bendijo, pero no me abandonó; ha estado conmigo varias horas, pero sin hablar y siempre severo.

Yo no me atreví a dirigirle ni una sola vez la palabra; sólo decía: «¡ Dios mío, si vieran los demás a mi Ángel tan enfadado!».

De ninguna manera pude anoche coger el sueño; he estado despierta hasta pasadas las dos: lo sé porque oí sonar el reloj. Estaba quieta en la cama, con la mente puesta en Dios, pero sin rezar. Por fin, pasadas las tres, he visto que el Ángel se me acercaba, me ponía la mano en la frente y me decía estas palabras: «¡Duerme, mala!». No le volví a ver ya.

Lunes, 27 de agosto

Esta mañana he recibido la Comunión: no me atrevía a hacerla. Parece que Jesús me

[123] Se trata del domingo 26.

ha dejado entrever un poco el motivo por el que el Ángel se muestra tan severo conmigo: por la última confesión que hice mal[124]*. Por desgracia, es cierto.*

Martes, 28 de agosto

El Ángel de la Guarda no ha dejado de mostrarse severo conmigo hasta esta mañana, en que manifesté todo al Confesor. Apenas salí del confesionario, me miró sonriente, con aire complacido: me pareció que volvía de la muerte a la vida. Más tarde me habló espontáneamente (yo no me atrevía a preguntárselo) de lo ocurrido: me preguntó cómo me hallaba y por qué no me sentía bien la noche pasada. Le respondí que sólo él podía curarme; se acercó, me acarició, y me dijo que fuera muy buena.

Repetidamente le pregunté si me quería como antes, y si me amaba lo mismo; me respondió de esta manera: «Hoy no me avergüenzo de ti; ayer sí». Le pedí muchas veces perdón, y me dio a entender que me lo concedía. Luego le mandé a Jesús para tres cosas: 1º Para ver si está contento de mí. 2º Para ver si me lo ha perdonado todo. 3º Para que me quite cierta vergüenza que se me echa encima cuando tengo que decir las cosas al Confesor...

Enseguida se marchó, y volvió bastante tarde: me ha dicho que Jesús está contento, que me ha perdonado, pero por última vez; en cuanto a la vergüenza, dijo que Jesús le había respondido: «Dile que obedezca ciegamente».

Más tarde me fui a la cama, pero comencé a sentir luego un poco de remordimiento. Pensaba, es cierto, en la Pasión, pero en la cama. Mi Ángel me preguntó en qué estaba pensando. «En la Pasión –le dije–. ¿Qué diría Jesús de mí, que llevo una vida tan cómoda, rezo poco y eso en la cama? En suma, todo el tiempo de la oración lo paso en la cama». Todo esto es verdad. Me respondió que qué me parecía a mí. Le dije que todo me parecía desgana. Pero le prometí que, desde esa tarde, nunca más haría oración en la cama, fuera de los días que la obediencia me lo tiene ordenado. Desde ayer tarde y por toda la noche no se ha vuelto a separar de mí, pero con una condición: que callase y durmiese. Así lo hice.

Miércoles, 29 de agosto

Hoy voy a hacer una cosa: quiero escribir una cartita al Cohermano Gabriel; después la consignaré al Ángel de mi Guarda y esperaré la respuesta. Y esto lo haremos sin que Jesús se entere: él mismo me ha dicho que no le dirá nada a Jesús.

Lo he hecho: he escrito una carta bastante larga, en la que hablaba de muchas cosas mías, sin dejar apenas una; luego avisé al Ángel de que estaba pronta, que si la quería... Esta tarde, miércoles, la he puesto bajo la almohada, y esta mañana [jueves] al levantarme no se me ha ocurrido mirar, porque tenía otra cosa mejor en la cabeza: iba a estar con Jesús.

Jueves, 30 de agosto

Apenas he vuelto, miré y, ¡cosa curiosa!, la carta ya no estaba. Digo que es cosa curiosa, porque así lo oigo decir a los demás, que es una cosa extraña; pero a mí no me lo parece. El Ángel de la Guarda me preguntó si esperaba respuesta. Me eché a reír. «¡ Vaya si la espero!», le dije. «Pues bien –me contestó–, hasta el sábado no podrás recibirla». Tendremos paciencia, pues, hasta el sábado.

Entre tanto, estamos en el jueves. Es por la tarde. ¡Oh Dios!, todos mis pecados se me presentan delante. ¡Qué enormidad! Sí, sabedlo todos: mi vida ha sido hasta ahora una

[124] No manifestando todas las cosas extraordinarias.

continua sarta de pecados. Veo a cada paso su gran número y la malicia con que los he cometido, pero en especial lo veo el jueves por la tarde, y de una manera tan espantosa se me ponen delante, que me avergüenzo de mí misma y no me puedo soportar.

Y entonces, máxime en esa tarde, es el hacer continuamente propósitos y actos de arrepentimiento, cosas en fin que luego no cumplo, volviendo a las andadas. Un poco más de ánimo y de valor me parece sentirlo cuando Jesús me pone la corona de espinas y me hace sufrir así hasta el viernes; esto lo ofrezco en sufragio de las almas pecadoras, en especial por la mía.

Así sucedió ayer tarde, jueves: me pareció que Jesús obraba en mí del modo acostumbrado; me colocó la corona de espinas en la cabeza, causa de tantas penas a mi querido Jesús, y me la dejó por varias horas. Sufrí bastante; pero, qué digo sufrir: gocé. Ese sufrir es gozar. ¡Qué afligido estaba! ¿La causa? Los muchos pecados que se cometen, hasta por almas que Él tanto beneficia, pero que, ingratas, le pagan de esa manera. ¡Cuán culpable me conozco yo también de esta ingratitud! Bien se habrá quejado Jesús de mí.

Apenas terminada la hora que la obediencia me tiene señalada, mi Ángel me avisó. ¿Qué hacer? Jesús seguía entreteniéndome, pero bien veía el embarazo en que me encontraba. Me recordó la obediencia, y era menester que yo mandase marchar a Jesús, a fin de no faltar a la obediencia, pues la hora había terminado. «Bueno –dijo Jesús–, dame una señal de que obedecerás siempre». Entonces exclamé: «Vete, Jesús, que ahora no te quiero». Jesús, sonriendo, me bendijo, así como a todos los miembros del «Colegio» [de Jesús], y encomendándome al Ángel de la Guarda, me dejó y con tanta alegría que no podría explicar.

Acostumbro a no dormir en esa noche, porque sigo unida a Jesús, en unión más estrecha que de ordinario, y también porque me suele doler la cabeza algo más; estuve velando juntamente con mi Ángel querido.

Viernes, 31 de agosto,

Corrí la mañana siguiente a recibir la Comunión, pero no pude hablar nada, estuve todo el tiempo en silencio: el dolor de cabeza no me dejaba. ¡Dios mío, cuánto suelo faltar en esto! Jesús no escatimó nada, y yo, por no padecer, procuro evitar hasta el más leve movimiento. ¿Qué dirás, oh Jesús, de esta mi desgana y mala voluntad?

Toda la mañana la pasé descansando. Por la tarde no me costó nada el volar a Jesús: me quitó las espinas y me preguntó si había' sufrido mucho. «Oh, Jesús mío –exclamé–, el sufrimiento empieza ahora, cuando tú te alejas. Ayer y hoy he gozado mucho, porque me veía cercana a ti; pero desde ahora hasta que vuelvas, no haré sino padecer». Le suplicaba: «Ven, Jesús mío, ven más a menudo: seré buena, obedeceré siempre a todos. Dame gusto, Jesús». Al ha- blar así, sufría porque Jesús, poco a poco, me iba faltando.

Al fin, pasado un ratito, me dejó sola y otra vez en el acostumbrado abandono. Al atardecer me fui a confesar, y el Confesor, creyendo que no estaría bien, porque había sufrido un poco, me mandó ir a la cama inmediatamente, apenas entrara en la habitación, y que durmiese, sin hablar con el Ángel de la Guarda (hay veces que pasamos hablando horas enteras).

Me acosté, pero no podía coger el sueño por la curiosidad que tenía: quería preguntar muchas cosas al Ángel de la Guarda y esperaba que él me las dijera por sí mismo, pero, ¡ca!... me dijo varias veces que durmiera. Por fin me adormecí.

Sábado, 1 de septiembre

Esta mañana, de madrugada, me despertó y me dijo que hoy recibiría respuesta. «¿Cómo?», le pregunté. «Ya lo verás», me dijo sonriendo.

Todo el día lo he pasado sin tentación alguna; pero al caer la tarde me sobrevino una de improviso y de la manera más repugnante. No creo oportuno referirla aquí, porque sería demasiado...

¿Quién habría imaginado que mi querida Mamá iba a venir a visitarme? Yo ni siquiera lo pensaba, porque creía que mi mala conducta no se lo permitiría; pero, no obstante, fue comprensiva conmigo y al poco rato me sentí recogida interiormente; luego sucedió lo de siempre: que se me fue la cabeza. Me hallé con mi mamá Dolorosa. ¡Qué felicidad en esos momentos! ¡Qué dulce es proferir entonces el nombre de madre! ¡Qué satisfacción se siente en esos momentos! Explíquelo quien pueda. Pasados unos momentos de conmoción, me pareció que me tomaba sobre sus rodillas y, haciéndome reclinar la cabeza sobre su seno, me tenía así por un poco de tiempo. Mi corazón se sentía en esos momentos plenamente feliz: no tenía más que desear.

«¿No me amas sino a mí?», me preguntaba de vez en cuando. «¡Ah, no! –le respondía–, antes que a ti amo a otra persona». ¿A quién?», me preguntaba, aparentando no saberlo. «Es una persona a quien yo quiero mucho, más que a nadie; la quiero tanto, que en este mismo instante daría mi vida por ella; por ella no me cuido ni de mi cuerpo». «Pero dime quién es», seguía preguntándome, impaciente. «Si hubieras venido la otra tarde, la habrías visto conmigo. Ella viene conmigo muy de tarde en tarde; yo, en cambio, voy a verla todos los días, y aun varias veces al día; si pudiera... Y sabes, Mamá mía, por qué procede así? Porque quiere probar si soy capaz de amarlo estando así alejado; ero yo, cuanto más él se aleja, tanto más me siento impulsada lacia él». Volvía a repetirme: «Anda, dime quién es». «No, no te lo digo –replicaba yo–. Si vieras, Mamá mía: se parece mucho a ti en la belleza, y su cabello es como el tuyo». Y mi Mamá, acariciándome, me decía (según me parece): «Pero, ¿a quién te refieres, hija mía?». Y yo, ya en voz alta, le dije: «¿No me entiendes? Me refiero a Jesús. A Jesús», repetí todavía más fuerte. Me miró sonriente y me abrazó apretadamente. Luego dijo: «Ámalo, ámalo mucho, y ámale a él solo». «No temas – le respondí–, que nadie en el mundo podrá gustar de mis afectos, fuera de Jesús».

Nuevamente me abrazó, me pareció que me besaba en la frente; me desperté y me encontré tendida en el suelo, con el Crucifijo cerca.

Quien me lea, vuelvo a repetirlo, que no crea nada de estas cosas, porque todo es pura fantasía; me someto a escribirlo, porque así lo exige la obediencia; si no, no escribiría nada. Espero que andando el tiempo cese mi repugnancia a escribir ciertas cosas, pero por ahora es cada vez mayor: siento una pena tal que no la puedo sufrir y me parece morir.

Domingo, 2 de septiembre

Esta noche he dormido con mi Ángel de la Guarda al lado; al despertar lo he visto junto a mí: me ha preguntado dónde iba. «Con Jesús», le respondí.

Todo el resto del día lo he pasado muy bien. Pero al anochecer, ¡Dios mío!, no sé qué ha sucedido. El Ángel de la Guarda se ha puesto muy serio y severo; yo no sabía explicarme la causa, pero él, a quien nada puedo ocultarle, con tono severo me ha preguntado, al tiempo de ponerme a hacer mis oraciones acostumbradas, qué hacía. «Estoy rezando», le dije. «LA quién esperas?», agregó, poniéndose más serio. Yo no pensaba en nadie. Pero le respondí: «Al Cohermano Gabriel». Apenas oyó pronunciar esas palabras, comenzó a reñirme, diciéndome que era inútil que esperase, como también lo era que esperase la contestación apetecida, porque...

Y aquí me recordó dos pecados que había cometido en el transcurso del día. ¡Dios mío, qué severidad! Pronunció varias veces estas palabras: «Me avergüenzo de ti. Voy a terminar por no dejarme ya ver, si sigues así. Esta noche no me verás, y tal vez... acaso ni mañana».

Y me dejó en este estado. Me hizo llorar mucho. Inútil intentar entonces pedir perdón; cuando está tan enfadado no hay posibilidad de que me perdone.

Lunes, 3 de septiembre

Esta noche no le he vuelto a ver, ni tampoco por la mañana; esta mañana me ha dicho que adorase a Jesús, que estaba solo, y luego reapareció nuevamente.

Esta tarde me sentía bastante mejor que ayer; le he pedido varias veces perdón y parecía dispuesto a perdonarme. Pasó la noche a mi lado; me repetía que fuera buena y no disguste a nuestro Jesús, que cuando esté en su presencia me comporte aún mejor, y con mejores modales.